

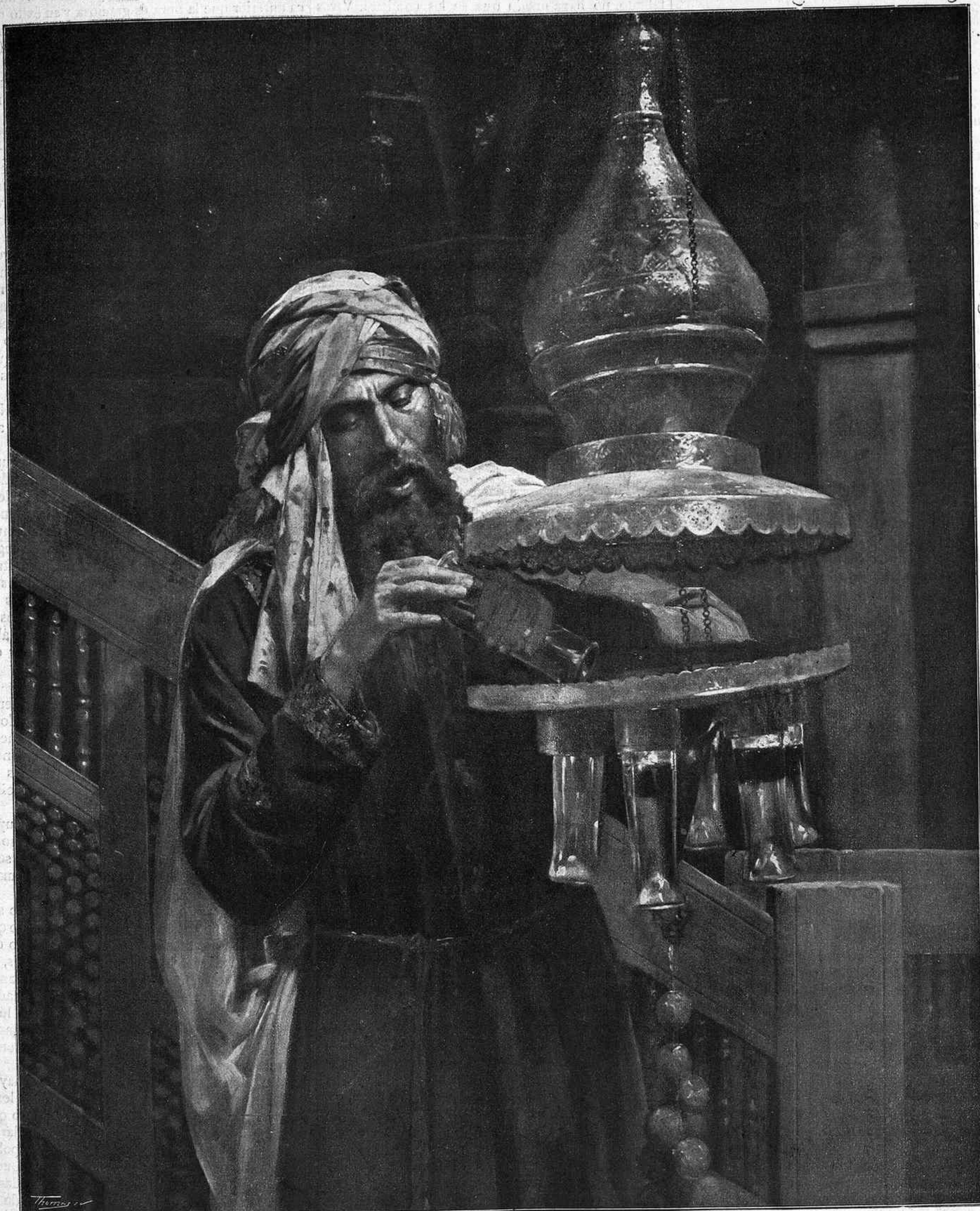
La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 3 DE JUNIO DE 1901

NÚM. 1.014

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN LA MEZQUITA, cuadro de Antonio Fabrés (Salón Parés)

SUMARIO

Texto. — *Crónica de teatros*, por Eusebio Blasco. — *Exposición de Bellas Artes y de arte decorativo*. Madrid. 1901 (conclusión), por R. Balsa de la Vega. — *El compadre del tornero (tradición de Granada)*, por Luis López-Ballesteros. — *Los Salones de París*. 1901, por R. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *El fantasma*, novela (continuación). — *Los Juegos Florales de Colonia*, por Juan Fastenrath. — *Automóvil de guerra de Simms*, por X. — Libros recibidos.

Grabados. — *En la mezquita*, cuadro de A. Fabrés. — *¡Eterna víctima!*, cuadro de F. Cabrera Cantó. — *Proyecto de monumento á Bécquer*, obra del marqués de Tovar. — *Busto retrato del Excmo. Sr. duque de Denia*, modelado por E. Butragueño. — *Contemplación*, cuadro de P. Borrell del Caso. — Dibujos de M. Oliver Aznar que ilustran el artículo *El compadre del tornero*. — *En el lago*, cuadro de José M. Tamburini. — *Busto modelado por N. Aransón*. — *Meditación*, cuadro de F. C. Friecke. — *Paisaje*, de P. Bocquet. — *Hijas de reyes*, cuadro de G. Max Stevens. — *En el lavadero*, cuadro de E. Decisy. — *Joven madre*, cuadro de L. A. Lhermitte. — *Campesina*, cuadro de E. de Pury. — *El cántaro roto*, cuadro de P. Carrier-Belleuse. — *En el parque*, cuadro de A. de la Gándara. — *La locura*, cuadro de A. Klamroth. — *Lección de calceta*, cuadro de Willy Martens. — *Dos amigas*, cuadro de Mme. L. de Lee-Robbins. — *Una procesión*, cuadro de L. Simon. — *S. A. la infanta doña Paz de Borbón*. — *La Corte de Amor en los Juegos Florales de Colonia*. — *Automóvil de guerra de Simms*. — *Arrastrando la barca*, cuadro de E. Brin.

CRÓNICA DE TEATROS

Franceses, alemanes, italianos, japoneses, gigantes, enanos..., de todo hemos tenido este mes en los teatros de la villa y corte, sin contar con el gran espectáculo militar que hemos presenciado en Carabanchel y que ha sido el más hermoso de todos y el único nacional y castizo.

Es cosa sabida: apenas llega el domingo de Pascua, huyen desfavoridas las compañías españolas y nos invaden los extranjeros, y hacen abonos extraordinarios y hay lunes de moda y miércoles blancos y sábados chic y todo lo que se quiera, menos atención para oír y ojos para ver. Más vale así; porque en realidad, lo que se oye y se ve no merece la pena.

Y de esto resulta que, á pesar de mi mala voluntad á los teatros de género chico, de aquí á julio tendré que ocuparme de ellos, porque no hay otros. La Zarzuela y Apolo no cierran sus puertas hasta muy entrado el verano, y los fracasos no arredran á las empresas. El público silba la primera noche y después aguanta cien representaciones. Ya son las empresas como los gobiernos, que se dejan silbar y duran lo que quieren. Autor hay que vive de los desaires públicos, convertidos en laureles por los buenos amigos de los periódicos. Se habla mucho de la prensa; pero gracias á ella, viven muchos tontos.

Pues en el teatro de la Comedia continúan la Vitaliani y Dusse apurando el repertorio francés, italiano, ruso, noruego... Desde Paolo Ferrari á Ibsen, hemos oído todo género de obras, festivas, dramáticas, trágicas, sentimentales, disparatadas ó discretas. A comedia por noche. Y la crítica se toma el trabajo de juzgarlas á diario, como si se tratara de obras nuestras. A los autores de por allá les tendrá sin cuidado lo que opinen en Madrid de obras suyas juzgadas y rejuizadas ya en toda Europa, pero aquí tenemos que dar importancia á todo lo que viene de fuera; y á comedias que si fueran españolas se les aplicarían aquellas dos líneas de costumbre: «la obra no fué del agrado del público,» se les dedican columnas enteras porque el nombre del autor acaba en *ini* ó en dos ó tres consonantes y por venir del Norte.

La Vitaliani empezó muy mal, con muy poca gente, no gustando mucho. A todo se acostumbra uno, y nos hemos acostumbrado á aplaudirla, sobre todo al ver que se ocupa de nuestros autores. Hace pocas noches ha puesto en escena *Lo cursi*, de Jacinto Benavente, traducida al italiano por el Sr. Tedeschi, y así ella como los actores de su compañía la han hecho muy bien, pero muy bien, sin que tuviéramos que recordar á los actores españoles, dicho sea sin ofender á nadie.

La obra se llama en italiano *La gente distinta*; y no solamente es de celebrar que se haya traducido, sino que debemos congratularnos de que la señora Vitaliani la represente en Italia, á su vuelta, para que allí se enteren de que no toda la literatura española es ó mística ó naturalista, y de que hay escritores que hacen fina sátira de nuestras exóticas é hipócritas costumbres. La obra de Benavente tiene, sin embargo, una desventaja: sus chistes, las frases cómicas de buen género en que abunda, son esencialmente españoles; en la traducción suelen ser ó incoloras ó incomprensibles para otro público que el nuestro. El mismo título es intraducible. En italiano han titulado la comedia *La gente distinguida*. El título español dice precisamente todo lo contrario.

Fernández Shaw y López-Ballesteros, dos literatos bien acreditados, han convertido en zarzuela chica

con cuadros *La gitanilla*, de Cervantes. La tarea no era fácil y se necesitaba toda la práctica y el buen gusto de los dos citados autores para lograr éxito. Este fué franco y continúa siéndolo, y en el teatro de Apolo es raro el caso, y aún lo es más que veamos en las escenas de los teatros mínimos obras que puedan llamarse literarias.

Fernández Shaw es un poeta, no cabe negarlo; y siempre que á sus obras les falta asunto ó acción, se defiende escribiendo tiradas de versos que el público oye con placer, porque suelen ser inspirados y exentos de ripios. No hace versos de los llamados teatrales; hace versos de veras: poesía. *La buenaventura* se titula la nueva zarzuela, y con su aparato de trajes y decoraciones y todo lo que les ponen á las obras chicas los empresarios y directores, resulta muy bien y se hace todas las noches á teatro lleno.

La música es de Vives, el compositor catalán que tan gran lugar se ha conquistado en Madrid. Por acá no somos *castellanistas* ni miramos con prevención al que viene de fuera. Madrid es el pueblo más hospitalario del mundo; á Madrid acuden los intelectuales de todas las provincias de España, y como tengan talento, no haya miedo que se les combata. Vives entró en la capital de España por la puerta grande, pero también hay que recordar que quien le abrió la puerta fué este mismo poeta Carlos Fernández Shaw, que adivinó en él al gran músico hoy ya consagrado. Fué en Barcelona, en una excursión que el poeta hizo á esa ciudad. Vives no tenía quien le diese un libro para estrenar en Madrid, que es el *desiderátum* de todos los principiantes; y Fernández Shaw, seguro de que confiaba su trabajo á un artista de gran talento, le prometió un libro y se lo dió en breve plazo.

Desde entonces marchan unidos, y juntos obtienen grandes éxitos, porque los dos valen mucho. Esta vez se ha reunido á los dos amigos un colaborador de muy buen gusto literario, López-Ballesteros, que con ellos comparte el éxito creciente.

Hay dos Madrid, dos poblaciones, dos pueblos en uno; el Madrid aristócrata y de la clase media, y el Madrid del pueblo. Están á un paso de distancia y no se ven. El Madrid central no tiene nada que ver con el Madrid de *los barrios bajos*, esos barrios que López Silva ha descrito como nadie; que dió asunto á D. Ramón de la Cruz para cientos de sainetes; es una población de cien mil habitantes que apenas salen de su radio. Y allí hay un teatro grande, inmenso, que se llama de *Novedades*, pero á quien llamamos vulgarmente el teatro de la Plaza de la Cebada.

Allí ha ido *Electra* á darse á conocer de los manolos y chisperos de antaño, que hoy son los mismos con diferente indumentaria. El drama de Galdós hace furor en aquel barrio todas las noches, representado por la compañía de González. El público entusiasta y sencillo que llena los grandes pesebrones á diario, insulta á Pantoja y quiere matarle, canta el himno de Riego en los entreactos y completa el éxito grande que el drama obtuvo en el otro lado de la ciudad. La idea ha sido excelente y los resultados magníficos; la empresa de esta *excursión* por dentro de la capital gana mucho dinero y la propaganda galdosiana sigue su curso.

Pero... ¿es que somos los españoles impresionistas ó que hicimos demasiado ruido al principio? Ello es que todo se reduce á gritar y cantar la *Marsellesa* y dar vivas y muera; pero los *Pantojas* siguen siendo tales, los gobiernos los mismos y todo se queda como estaba. Lo único cierto, indudable, positivo, es que el autor y las empresas que han explotado su obra se han hecho ricos, y que ayer había más de cien coches á la puerta de la casa de los jesuitas. Salvo la señorita Ubau, quedan en su anterior y estable situación seis mil monjas. ¡Pero el pueblo canta en los entreactos la *Marsellesa* y todos contentos!

Mal anda el teatro de la Zarzuela, y sólo por la fuerza adquirida vive. Las dos ó tres quisicosas que en dicho teatro se han estrenado en el mes, no valen la pena de ser citadas. Y sin embargo, el público va, porque á estos teatros acude la gente á echar una hora á perros y á ver á las espectadoras de la cuarta. Pero es indudable que se nota la ausencia de Julián Romea, el cual era sin duda un gran director y sabía elegir las obras. Durante su gobierno de la casa se estrenaron las grandes obras del repertorio chico *La viejecita*, *Gigantes y cabezudos*, *El señor Joaquín*, las zarzuelitas de los Quintero. Ahora, podrá ser casualidad, pero salimos á fracaso por estreno, y es preciso que el teatro aquel sea tan céntrico y tenga una *clientela* casi tradicional para que no se vea desierto. Dicen que para el año que viene hay mucho trabajo preparado; pero entretanto, la decadencia del género es indudable en aquel teatro y en todos, menos en el que sirve de marco á la popularísima Loreto Prado.

Loreto Prado es ya una necesidad, una persona indispensable en algún teatro madrileño. Acaba su temporada en *Romea* y pasa al *Moderno*, y donde ella está acude el público á verla y á aplaudirla, porque con su figura antiestética y su voz imposible para el canto y todo eso, tiene un talento tan grande que es de las que han nacido para representar comedias, y recuerda á las comediantas famosas antiguas, con las que el buen pueblo de Madrid tenía *intimidad*. Esa es la verdadera palabra; Loreto Prado es una amiga de la gran masa de espectadores madrileños. En aquel teatrillo de Romea, tan chico y tan sucio, y codeándose con los que pagan dos reales, hemos visto esta temporada duquesas y grandes de España, atraídos por la personalidad *sui generis* de la artista popular, que suele dar valor á obrillas sin mérito ninguno y las hace durar meses enteros, cosa que sólo es dado á ella, porque es *ella* una cómica *personal*, especialísima y simpática como pocas. Y la simpatía es el pasaporte universal, el salvoconducto para todas las campañas de la vida.

Ahora, con *El tío de Alcalá*, está llevando á todo Madrid al teatro Moderno. Ya he dicho en mi crónica anterior que la obra es graciosa y su éxito merecido; pero ejecutada por otra actriz, ¿cómo hubiera logrado éxito tan grande? El autor que le confie una obra á Loreto Prado, va sobre seguro.

Y sin embargo, no sale de su medio ambiente, no quiere ir á los teatros grandes, donde haría muy buena figura.

La *Filarmónica de Berlín*, en las pocas representaciones que ha dado en el teatro Real, ha recibido gran cosecha de aplausos. Ovaciones merecidas, pero que no pueden quitarle mérito á nuestra orquesta del primer teatro lírico, ni á las que son gloria de Barcelona. Hay entre nosotros el empeño de echarnos por los suelos en cuanto viene á nuestro país algo extranjero. Se puede asegurar que los músicos que dirige Nikisch son muy notables; pero no hay que decir por eso que los nuestros sean peores. Sueña mejor la orquesta que es mejor dirigida; pero tenemos en España excelentes directores. ¿Acaso Goula no es director de orquesta meritísimo? ¿Por qué han de venir todos los años maestros extranjeros á dar motivo á comparaciones enojosas, y además injustas? Declaro que los conciertos dados por Nikisch han sido magníficos; pero no repetiré con los abonados del teatro Real: «¡Qué diferencia!»

Eso es lo que nos pierde, y nos impide ser una nación patriota; nuestra desdichada condición de aduadores de lo de fuera y denigradores de lo de casa.

Hay que temblar á la llegada de la primavera, porque es la época de *la invasión*, y de una invasión que aplaudimos siempre, venga de donde venga, sin razonar, sin acordarnos de que también nuestros artistas han podido ser celebrados y aplaudidos en el extranjero. He ahí al niño Arriola, que ya es populárisimo en Francia y en Alemania. Dios nos libre de que salga por ahí algún niño francés ó alemán fenómeno, porque seremos capaces de decir que el nuestro es falso.

Y para terminar, diré que la *estrella* parisiense de opereta Mademoiselle Marie Sully ha venido á dar diez representaciones en el teatro de la Princesa, y también es objeto de gran entusiasmo cantando vejeces como la *Mascotte* y *Barbe-bleu*, ó cosas de un *verde* muy subido para recreo de señoras y señoritas de las clases más altas y más cristianas.

La artista es muy bonita, dice y canta muy bien todo lo que es picaresco y atrevido, y con eso basta para que se llene el teatro y en diez noches se lleve el empresario que la ha traído lo que llaman *un platal* los americanos.

La ventaja para los abonados es que como sus señoras é hijas no entienden una palabra de lo que en las operetas francesas se dice, no hay peligro en llevarlas; por más que los que no saben francés, cuando ven que se ríen unos cuantos se ríen también, ocurriendo el caso de aquella respetable madre de familia que siguió la risa general y á quien le dije: «¿Como puede usted reírse de una frase tan indecente?» Y la pobre señora, muy corrida, me contestó: «Por no dejar reírse solo á mi marido.»

La crónica termina hoy aquí, porque no hay nada más de que dar cuenta. Entramos en lo que los franceses llaman *la morte saison*; dentro de poco quedarán cerrados todos los teatros; pero nos quedarán los de verano, Jardines del Retiro, Eldorado, Apolo con sus obras veraniegas y alguna compañía que nos caerá de la luna ó del planeta Marte para darnos á conocer esas obras *simbólicas* que no entiende nadie y aplaude todo el mundo sin entender ni el símbolo ni la gracia. *Vale*.

EUSEBIO BLASCO.

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES Y DE ARTE DECORATIVO. - MADRID. 1901

(CONCLUSIÓN)

Los presos: este es el título de la obra que el niño ó casi niño Mezquita (poco más de diez y siete años de edad) ha presentado y que acaba de merecer la segunda primera medalla reglamentaria.

En mi juicio es el cuadro más completo que existe en este certamen y uno de los más completos que conozco. Sin prejuicios de composición, muy acertado de dibujo, todavía más acertado de luz y de nota, acertadísimo en la expresión de los distintos sentimientos de cada uno de los personajes, parece la obra de un espíritu madurado por los años. Pero la nota sentida, sentidísima, y sin la cual el cuadro hubiera perdido cuasi todo su interés dramático y su valor estético, está en la figura de la joven gitana, hermosa, voluptuosa, que con un niño de pecho en brazos marcha al lado de uno de los guardias, mirando á su *hombre* que, vestido á lo torero y con sombrero cordobés, vuelve la cabeza para mirarla también. La sola figura de la gitanilla y su ademán bastan para dar á López Mezquita la más sincera enhorabuena.

Como puede dársele á Graner por su sentido y viril lienzo *De vuelta del trabajo*, y por su *Comité rojo*, efecto felicísimo de luz, y por su *rembranesco Tío de la manta*.

Quisiera poder describir la sencillez y al par hermosa y real visión de la verdad que Gómez Gil ha trasladado con gran acierto á la tela con el título de *Efecto de luna*. Es un trozo de mar, en la hora de marea baja, iluminado por el astro de la noche. ¡Qué verdad tan grande en la ola y en las aguas cubiertas de espuma que se extienden suavemente sobre la arena! ¡Qué poesía la que envuelve, como la ligera bruma, esta marina! También Raurich nos produce intensa emoción con su paisaje *Hojas muertas*. La melancolía del mes de noviembre la vemos allí sentida, y sentida con fuerza sugestiva, en aquel viejo y húmedo parque de señorial casa. Abajo, todo es sombra; sobre el agua del estanque, negra y quieta, aparecen flotando las hojas, secas ya, que á montones se desprenden de los árboles, cuyas más elevadas ramas enrojece el último rayo del sol poniente. Mir, menos poeta, pintó también esa hora y acertó sobre todo en el lienzo *La cala anocheciendo*. Más sensual, como colorista, que Raurich; más rico de paleta, busca en ella y no en el sujeto la emoción estética; pero confieso con toda sinceridad que no asustándome, ni mucho menos, de los atrevimientos coloristas, doy la preferencia á los de la inteligencia y del corazón. *Contemplación* de P.

Borrelles una obra sentida y un bonito efecto denoche. ¿Dejo algo por indicar que valga la pena de hacer más larga esta parte de mis impresiones? Sí; ahora recuerdo que Moreno Carbonero expone dos retratos, si duro por lo que atañe á las carnes el que representa á la hija de los Sres. de Iturbe, pintado con gran cariño y dibujado magistralmente. Bello también es el de una jovencilla que exhibe Maura, y hermoso (para mí el mejor de la Exposición) el de una señora ya vieja del portugués Malhóa. Este retrato no desmerecería al lado de los buenos de nuestros pintores del siglo XVII. Una mano tiene que pudiera firmarla Van Dyck.

Pasemos á la Escultura. Nada diré de la estatua de *Velázquez* de Benlliure, ni del *Jarrón* decorativo regalado por los argentinos á la reina. Obras son estas bien conocidas, y que han sido muy bien descritas además en estas columnas por el *Profesor Ibericus*.

Trilles, el artista que ha alcanzado la única primera medalla de la sección, expone una colosal estatua que representa al gigante *Anteo* conduciendo en una

mano á Virgilio y Dante. Bien merece la recompensa. Si difícil es modelar y dar forma plástica dentro de un buen dibujo y de nobles proporciones á una estatua de tamaño natural, más difícil es conseguir belleza y armonía en el conjunto cuando la estatua rebasa dos veces aquel tamaño. Y Trilles, logrando esto, ha logrado además que su gigante no parezca un ser hecho de materia distinta que el de la humana naturaleza. Modeladas las carnes con blandura, acusada la anatomía en su justa proporción, nada hay en la obra de Trilles que riña con la verdad.

de los pechos, impropia de la edad que representa, y cierta dureza de claroscuro, no por eso desmerece la obra en su conjunto. Y por cierto que al recordar ahora el sentido grupo de Casan, vieneseme á la memoria un alto relieve, *La mujer del levita Efraín*, de Cotter, discípulo de Marinas. A pesar de la rigidez de las líneas y de la dureza del modelado en algunas partes, es obra de gran sentimiento y está compuesta con nobleza.

Seguramente que cuantos vean el proyecto de *Monumento á Gustavo A. Bécquer*, del cual es autor

el marqués de Tovar, harán justicia al aristócrata estatuario, afirmando que el grupo que forman el poeta y la figura de la *Gloria* que lo corona, hállese muy bien dispuesto; y que si peca de algo mezquino de líneas, en cambio es de muy delicada factura. Precisamente lo contrario de lo que le acontece á Carretero en la representación de la *Poesía*, que destina á un monumento dedicado á no sé qué poeta también; pero aparte de la pesadez de las formas, la simbólica figura está bien movida y sus proporciones son muy nobles.

Algunas otras estatuas y grupos dejen en el tintero, que si no carecen de buenas condiciones, sería largo y enojoso entresacar éstas dándoles la importancia que tienen, pues son más los defectos que las bondades; por ventura no entra en el número *La ola*, de José Alcoverro (hijo), modelada á trozos con gran facilidad y blandura.

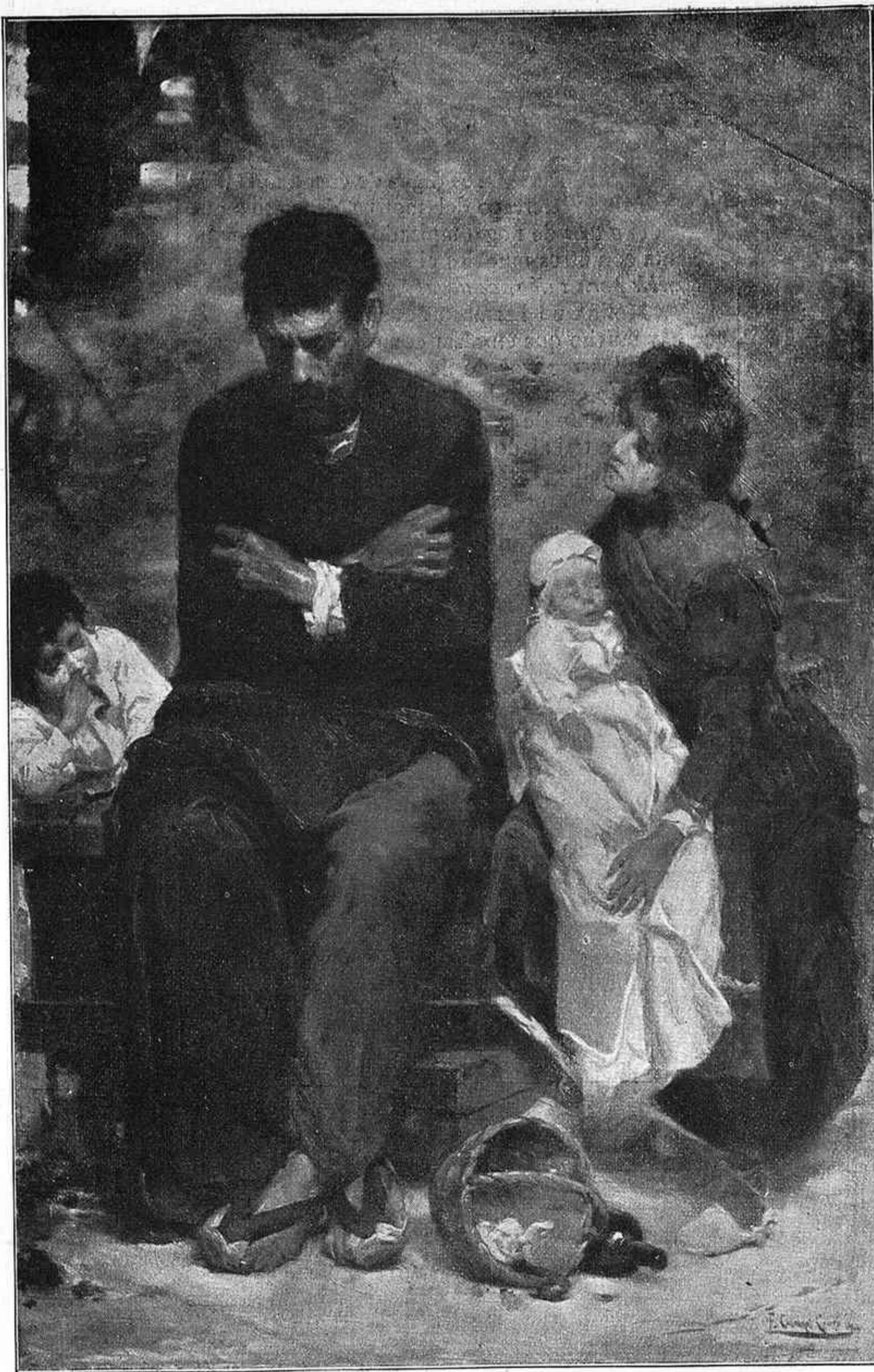
Entre los bustos y retratos debo mencionar los de Querol, admirablemente modelados y de una gran fuerza de vida, así como su *sátiro*, que yo tengo por obra selectísima; los de Inurria, cabeza de gitana, sensualísima, y del poeta Grilo, blandamente modelada y de mucho carácter; un retrato de Trilles; otro del arquitecto Sr. Castellano, modelado por el pintor Angel Andrade, quien presenta también dos lienzos en la sección correspondiente; uno de ellos, *Paisaje*, muy bello; *Ofelia* (busto), de Cerveté; el busto en mármol de León XIII, muy blando de factura, de Garnejo; el busto del Duque de Denia, de Butragueño; un jarrón decorativo de Folgueras, y pare usted de contar. Por lo menos yo hago alto aquí, porque quiero decir algo del premio de primera clase alcanzado por el notable arquitecto Sr. Repullés y Vargas.

Dejo á un lado el estudio técnico para no ocuparme, siquiera sea somerisimamente, sino de ciertas generalidades, que es á lo único que alcanzo, y claro está que más

bien á título de coloquio íntimo que de otra cosa.

Presenta el Sr. Repullés y Vargas varios tableros con la planta general y planta á diversas alturas, fachadas principal y lateral, secciones transversales y longitudinal y detalles de la *basílica de Santa Teresa de Jesús*, en construcción en Alba de Tormes.

La primera observación que se me ocurre es si está bien aplicada, dada la planta del edificio, la denominación de *basílica*. Todos sabemos que este género de templos, derivados de las basílicas romanas, se componen de nave central, naves laterales y ábside. En rigor, esta es la distribución de la planta de las *basílicas*; además, sobre las naves laterales había una galería denominada *trifonium*, si mal no recuerdo, en las construcciones de carácter románico. Ahora bien: en este proyecto, ya en realización, del Sr. Repullés no veo ni galería alta, ni gran rigor en el respeto á las tradiciones basilicales, puesto que tiene transepto perfectamente definido por su correspondiente nave, y desde el emplazamiento del altar mayor hasta el arranque de la curva absidal queda todavía un tramo de la gran nave.



¡ETERNA VÍCTIMA!, cuadro de Fernando Cabrera Cantó (Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1901)

A pesar de lo manoseado del asunto, Borrás (un discípulo de Benlliure) logró idear y modelar un grupo original en sus *Tentaciones de San Antonio*. La figura del demonio, que desliza en el oído del santo eremita lascivos pensamientos, está comprendida con gran talento; lo personifica un simio. A los pies del santo una mujer desnuda le acaricia torpemente..., mientras otra, desnuda también, en pie y en actitud voluptuosa, se dispone á abrazarle. La cabeza del santo es bellísima y muy sentida. Campeny no está feliz en su trágico grupo *Epílogo*, aun cuando haya de reconocer que en la figura del dormador (pues supongo que lo de *Epílogo* se referirá al final que suelen tener los Sawado) hay trozos muy bien modelados. Dos bustos ó medias figuras formando grupo, *La nietecita*, obra de Monserrat, llama mi atención por lo bien modelado de la cabeza de la abuela y la expresión del rostro de la niña.

El grupo de Casan *Abandonadas!* son dos hermosos y sentidos desnudos, de joven, uno; de niña, otro, que si puede acusarse, al desnudo de la mayor, algún descuido, como, por ejemplo, la flacidez

Yo bien sé que esta distribución no es privativa del proyecto del Sr. Repullés, mas entiendo que no por eso es menor el escrúpulo que me asalta respecto á los respetos históricos. Por otra parte, la gran



PROYECTO DE MONUMENTO Á BÉQUER,
obra del Marqués de Tovar
(Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1901)

torre linterna (el edificio es gótico florido) que, como todas las de este género, está emplazada en el cruce-ro, además de no pertenecer (aun cuando se hayan aplicado á templos del siglo xv) á la arquitectura dicha, es de un... atrevimiento que me parece excesivo, pues comparada su aguja con la de las torres de campanas, se me antoja un colosal aditamento que hace raquíto el edificio todo.

Otras observaciones se me ocurren que si tengo tiempo y espacio expondré, más que en son de crítica, por ver si alguien me ilustra respecto del particular.

Vamos ahora con la Sección de Arte decorativo.

Todavía, y aún tardaremos bastante tiempo en lograrlo, no hemos deslindado bien lo que entendemos por artes decorativas y suntuarias é industrias artísticas. De esta falta de definición se resiente el anexo en que voy á ocuparme. Pero, en fin, como no he de decir palabra sino de aquello que yo creo que entra en lo que tengo como decorativo y suntuario, paso adelante, dejando aparte algunas sillas del llamado *modern style* y de madera curvada, y mirando á mis notas me encuentro con lo siguiente:

Los Sres. Amaré hermanos presentan entre otros muebles un armario, estilo moderno, decorado con talla alta, cuyo motivo de decoración está tomado directamente del natural, y de plantas tan lindas de línea y de conjunto como las *malvas reales*. Asimismo es digno de mencionarse un sillón (lástima de las variantes) que recuerda los fraileros, y que tiene por respaldo y asiento un hermoso cuero, realzado y policromado, cuya decorativa vegetal es de muy buen gusto.

Por completo dentro de las artes decorativas y suntuarias, exhibe el Sr. Riera y Casanovas. Su *chimenea gótica*, tallada en madera de roble, acredita su conocimiento del estilo y su buen gusto. Como talla, la de esta chimenea es hermosa por lo firme y franco del trabajo. También es digna de encomio la talla y buen gusto plateresco del motivo decorativo que avalora el *diván* de nogal tapizado de terciopelo que presenta con otros muebles el Sr. Santabábara.

Mueble para salón, de nogal tallado, titula el señor Muñoz Molina un hermoso anuario-contador, en el que hay mucho que ensalzar como buen gusto en la traza y en los motivos de decoración. De gusto del renacimiento español, los asuntos están combinados con gran sentido de la decorativa del siglo xvi y exquisitamente trabajados.

El Sr. Culell y Aznar presenta diez y ocho proyectos de arte moderno, algunos de muy bella combinación y sencillez, aplicables á tejidos y estampados, y el Sr. Laporte (de Burdeos) varios motivos de decoración mural, con motivos vegetales y figurados, dignos de encomio por la elegancia de aquéllos. Pascó, si no como otras veces, también sostiene su buen nombre de proyectista artístico con sus azulejos y sus proyectos para alfombras.

Entre todos los dibujantes de ilustraciones y cartelistas descuella Triadó. Solamente elogios tengo para su *Original de un Ex Libris*, hermosa adaptación dureresca, y para sus otras ilustraciones y cubiertas. Es el Sr. Triadó un buen dibujante que conoce ese género artístico como pocos en nuestra patria, pues requiere estudios de una índole que por desgracia no se ha generalizado ni mucho menos entre nosotros.

En joyería y metalistería, recuerdo un collar de brillantes que con otras joyas de gusto moderno exhibe el joyero Sr. Sugrañes. Dicho collar es un prodigio por lo sencillo del motivo y lo sutilísimo de su

montura. De adamasquinados, nielados y repujados, hay unas imitaciones, muy bellas por cierto, del señor Brosa y Sangermán, y trabajos de los Sres. Cañizares, Urpi y Pey, y de Yrionda y Guisasola. Estos exhiben una hermosa bandeja de plata repujada con incrustaciones y relieves de oro.

Por último, Villaplana y Jordá presenta diez y seis objetos de hierro y acero damasquinados, luciendo, más que un puro gusto en los motivos (renacimiento y árabe), una ejecución admirable.

Y aquí termino, sintiendo tener que dejar sin mención á otros industriales y artistas que, como los ci-



BUSTO RETRATO DEL EXCMO. SR. DUQUE DE DENIA,
modelado por E. Butragueño, premiado con mención honorífica. (Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1901.)

tados, bien merecen un aplauso. Pero el artículo ha crecido..., crecido de un modo asombroso, y temo á la fatiga que su lectura pueda causar á mis lectores. Sin embargo, creo haber dado una idea general de la primera Exposición de Arte que oficialmente celebra nuestra patria en la presente centuria.

R. Balsa de la Vega.

Mayo de 1901.



CONTEMPLACIÓN, cuadro de Pedro Borrell del Caso. (Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1901.)



—¿Es este el niño?, preguntó á la abuela que mecía en sus brazos á la inocente criatura

EL COMPADRE DEL TORNERO

(TRADICIÓN DE GRANADA)

Reinaba á la sazón en España la católica majestad del señor rey D. Felipe II.

El César Carlos V, su augusto padre, encerraba á los pontífices en el castillo de Santangelo, y su piadoso heredero daba carne humana á las hogueras en tanto que rezaba por el alma de los atormentados.

El nombre y los hechos del sombrío Austria llenan muchas páginas de la historia; pero en esa leyenda popular, transmitida de padres á hijos, ha dejado también un recuerdo, negro como la ropilla que vestía, y un buen número de tradiciones que atestiguan el respeto, mejor dicho, el miedo que inspiraba.

¿Quién no recuerda el caso aquel ocurrido á uno de sus secretarios, que confundió la salvadera con el tintero y en presencia del regio amo emborrónó el papel en que escribía? ¿Quién no tiene en la memoria algún pasaje de los muchos que andan en boca del vulgo, corregidos y aumentados por la fecunda vena del pueblo? El que voy á relatar ocurrió en Granada.

Y fué así:

Aunque apenas habían repicado el toque de ánimas en la torre de la catedral, soplabá de tal manera el cierzo de Sierra Nevada y era tan mortecina y triste la luz del crepúsculo, que las tortuosas callejas granadinas estaban desiertas. Digo, pues, que los buenos vecinos de la antigua corte de los Nazaritas no daban señales de vida, y que la ronda que velaba por su tranquilidad con la vara de la ley en la mano, no topó, aquel obscurecer pálido y frío, más que con la densa neblina, y á lo más, á lo más, con algún rondador enamorado que, de pechos en el moruno ajimez, daba gracias á la obscuridad y á su buena suerte.

Por una de las calles más estrechas y solitarias cruzaban dos hidalgos, y aunque el traje los igualaba, conocíase por el respetuoso ademán del uno de ellos que el otro picaba más alto en alcurnia y en señorío. Caminaban los dos en silencio, cuando de pronto, al doblar un ángulo de la calleja, sonaron voces y gemidos que parecían salir como del fondo de una tumba, y ambos se detuvieron delante de una casa de miserable aspecto.

Uno de los hidalgos exclamó:
— No parecen muy satisfechos los habitantes de esta casa, maese Pérez.

— No, en verdad, señor, á juzgar por sus voces y su lloriqueo.

Llegó éste á tal punto, que el hidalgo volvió á exclamar:

— Por mi vida, que algo grave ocurre á esa pobre gente. Subid, maese Pérez, y ved lo que pasa para tal desconsuelo, que no parece sino que se trata de su salvación eterna.

Maese Pérez obedeció la orden. Subió, empujó una puertecilla, y á la luz moribunda de un menguado candil columbró una estancia mezquina y apiñados en ella una mujer, joven aún, una vieja que estrechaba en sus brazos á una criatura y un hombre que, como agazapado en un rincón, miraba hosca mente al suelo.

Maese Pérez abarcó de una mirada el cuadro, murmuró un «Dios os guarde» y preguntó:

— ¿Podéis decirme á qué vienen tales lamentos? Cruzaba por la calle y subí al oírlos, por eso os interrogo.

Tranquilizada con estas razones la anciana contestó:

— Sepa vuestra merced, señor hidalgo, qué á mi hija, que está aquí presente para servirlos, le nació ayer un hijo de legítimo matrimonio, y aunque es ella, y somos todos, si pobres y miserables, cristianos viejos y buenos servidores del rey nuestro señor, el cura de San Andrés — que es nuestro párroco — se niega á bautizar á la inocente criatura porque no tenemos en el arca ni un solo maravedí ni de donde nos venga para pagarle sus gajes y saldar los derechos de pila. Miré vuestra merced si tiene causa justa nuestro quebranto y si no clama á Dios tamaña crueldad y avaricia.

Maese Pérez oyó las sencillas razones de la vieja, y cuando hubo concluido dirigióse á la madre del niño y preguntóle:

— ¿Es cierto lo que dice esta anciana, buena mujer? Que cuidéis os digo — prosiguió — de decir la verdad; porque, en Dios y en mi ánima que si lo fuere lo apuntado, merece el reverendo padre perder, por bellaco, las dos orejas. Hablad, pues, con tiento.

— Señor, lo que mi madre os dijo no es sino el evangelio, y eso mismo os repetirá todo el barrio si preguntado fuere.

Echóse á llorar la joven, y el hidalgo que tan á

conciencia llevaba su inquisitoria, preguntó al marido:

— Y vos, ¿qué decís á todo esto?

— Digo y aun juro por la Santísima Virgen de las Angustias, contestó bruscamente el tornero — tal era su oficio, — que ha de vérselas conmigo el grandísimo sinvergüenza que por un puñado de negros y maldichos ochavos morunos, le regatea hasta la salvación eterna á nuestro hijo.

Terminado el interrogatorio, maese Pérez paseó su mirada escudriñadora por la mísera estancia y miró con ternura al niño dormido sobre el regazo de la abuela. Aquel hombre de rostro serio y facciones duras parecía conmovido. Iba ya á sacar unas cuantas doblas de la bien repleta bolsa, cuando de pronto, haciendo un gesto irónico casi imperceptible, «esperad» — dijo á la familia del tornero; y ya fuera de la habitación, añadió en voz baja y sombría: — «Demos ocasión á la vanidad de los poderosos; á él debe corresponderle toda la gloria de esta acción.

El embozado le esperaba con impaciencia, y apenas apareció en el hueco del portal la negra silueta de su acompañante, le interrogó brevemente:

— Veamos, maese Pérez, ¿sabéis ya lo que ocurre?

— Señor, la injusticia más grande que he visto en mi vida: un sacerdote que se niega á cristianar á una infeliz criatura porque los padres no tienen para el bautizo.

— ¿Y esos que lloraban?..

— Son la madre y la abuela, señor; el padre, que es un infeliz tornero, está también arriba jurando por la Virgen de las Angustias que ha de pagárselas el reverendo padre.

— Cosa grave es entregarse á la desesperación, maese Pérez. Pero vamos en su auxilio, que así Dios me salve si este no es un caso de conciencia.

El embozado dió un paso hacia el portal.

— Señor, ¿vais á subir por esa sucia y angosta escalera?

— Callad, maese Pérez; más angosta es la de la vida y la subimos todos. ¡Feliz el que halla á Dios al pisar el último peldaño!

Maese Pérez se inclinó respetuosamente.

Poco después, la familia del menestral contemplaba con ojos asombrados al misterioso hidalgo... El cual bajó por primera vez el embozo de su capilla, y á la escasa luz del candil pudieron columbrar un rostro sombrío, como encajado en el marco de una barba rojiza y puntiaguda. Amplia gorguera de finísimo



encaje ceñía el cuello del caballero y sobre la negra ropa que cubría su busto relucía una maciza cadeni-lla de oro.

— ¿Es este el niño?, preguntó a la abuela que me-
cía en sus brazos a la inocente criatura.

— Este es, señor, respondió la anciana mirando
con embeleso a su nietecito.

El de la barba roja clavó en él la mirada, y al fin,
con acento reposado y solemne, exclamó:

— Pues alegraos, buena mujer.

Y luego, dirigiéndose a la madre, a quien
el respeto había hecho enmudecer:

— Yo seré, añadió, el padrino de vues-
tro hijo. Llevadlo mañana a la casa de
Dios y allí me encontraréis.

Dejó sobre la mesa una bolsa de oro, y
antes de que la sorpresa cediera su puesto
a la gratitud, se dirigió hacia la puertecilla,
y posando una mirada severa en el torne-
ro, murmuró con acento glacial:

— La Virgen de las Angustias os ha
oído; cuidad de aquí en adelante de no
jurar venganzas en su santo nombre.

Salieron, y ya en la desierta y lóbrega
calleja se oyó una voz grave que pregun-
taba:

— ¿Sabéis quién es el cura, maese Pérez?

— Sí tal, señor; el cura de San An-
drés.

— Pues no lo olvidéis, dijo.

É inclinando la cabeza sobre el pecho,
guardó silencio.

A la mañana siguiente, maese Pérez en-
traba en la iglesia de San Andrés.

— ¿Sois vos el cura párroco?

— Yo lo soy, por la bondad de Dios, contestó el
interpelado.

— Mucha será la suya, buen padre.

— ¿Lo decís por la que a mí me otorga?, exclamó
amostazado el sacerdote, que había cazado al vuelo
la réplica.

Maese Pérez no contestó.

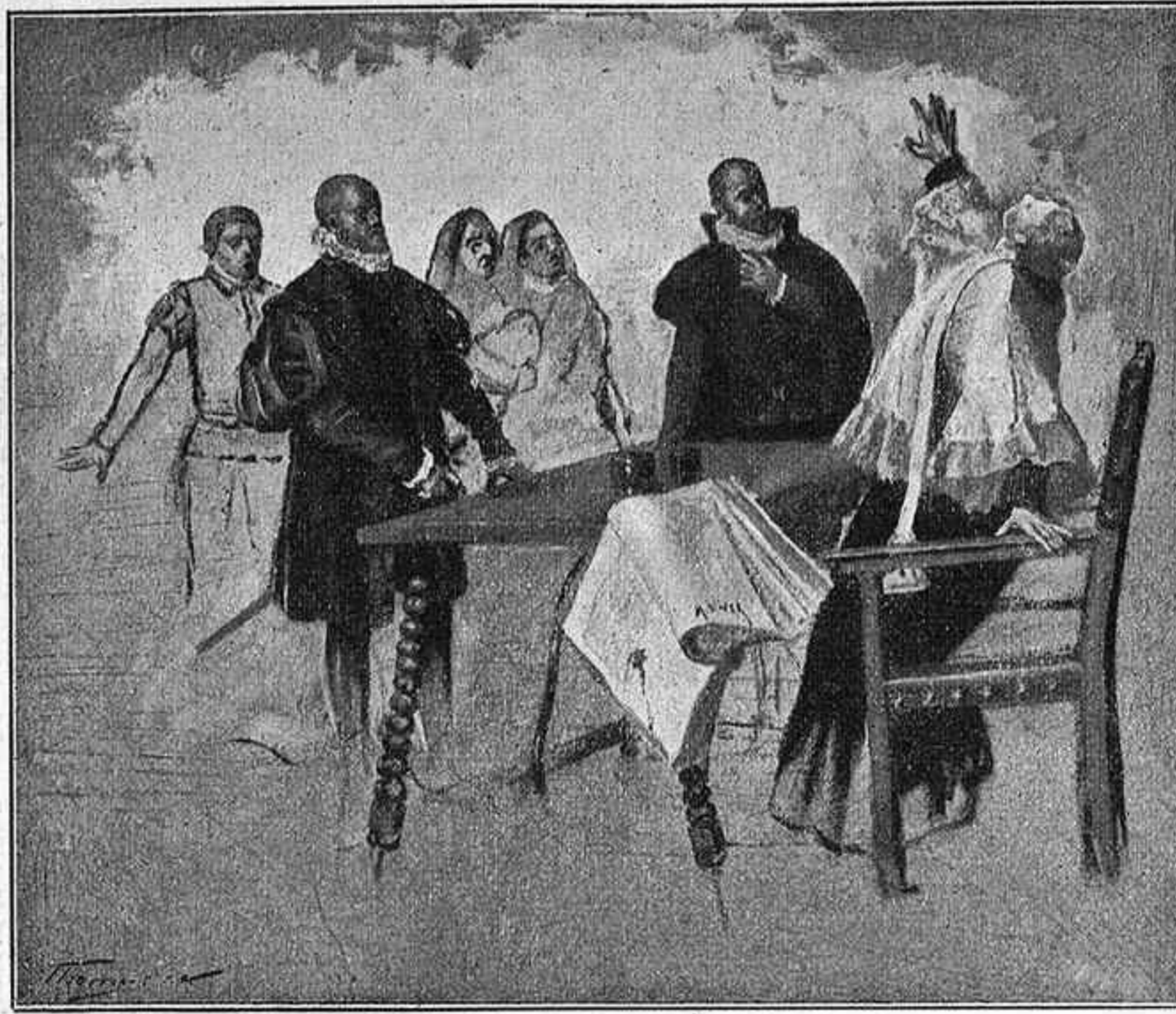
— Tomad, le dijo, estos escudos y revestid de sus
mejores ornamentos este santo templo. A la hora del
Angelus bautizaréis a un niño. Cuidad de cumplir
mis órdenes y preparadlo todo, porque os importa
mucho.

Hizo una reverencia y salió.

Poco antes de sonar en la torre de la catedral las
doce campanadas del mediodía, la familia del torne-
ro llegó a la iglesia. Llevaba la madre el niño en sus

brazos, y por todo cortejo la abuela vistiendo jubon-
cillo y falda de estameña, y el padre con trusa do-
minguera, limpio calzón y borceguí de cuero, mer-
cado todo aquel mismo día con los doblones del
hidalgo.

— Mucho tendremos que esperar, dijo la anciana
contemplando la iglesia adornada lujosamente; pare-
ce que hoy repican gordo.



Su cuerpo se sacudió bruscamente, quiso hablar y cayó muerto

Acertó a cruzar por allí el codicioso párroco, y
con gesto más avinagrado que de costumbre — quizá
porque recordaba la picante alusión de maese Pérez
a la infinita bondad de Dios, — se encaró con los im-
portunos gritándoles sin pizca de caridad:

— ¿Otra vez aquí? Ya os he dicho que en San An-
drés no se bautiza de balde... ¡Conque largo!

— Y yo os afirmo lo contrario, reverendo padre,
murmuró a su espalda una voz.

Y mientras el cura buscaba, sorprendido y coléri-
co, a aquel que le contradecía tan terminantemente,
el tornero, su mujer y la anciana reconocían al hi-
dalgo de la ropilla negra, la barba rojiza y puntiagu-
da y el mirar sombrío...

— ¡El desconocido!, exclamaron los tres.

— El padrino, querréis decir. Os lo prometí, y yo
nunca falto a mi palabra. Ya lo oís, padre; yo apa-
drino a esta criatura. Estas galas que revisten los

muros son para él; conquese así, apresurad la cere-
monia.

El niño recibió, por fin, sobre su inocente cabeza
aquella agua bautismal tan regateada por la codicia
del párroco.

Quedaba por cumplir el trámite de la inscripción
en el registro parroquial, y el párroco de San An-
drés, colérico y mohino, interrogó brusca-
mente:

— ¿Vuestro nombre?

— Me llamo Gil Pérez, señor, respondió
el tornero.

— ¿Y vos?

— María de las Angustias...

— Bien. Ahora el padrino... ¿Os lla-
máis?..

El hidalgo contestó:

— Me llamo Felipe.

— Felipe ¿de qué?

— Felipe, volvió a repetir secamente el
interpelado.

El cura añadió con ira:

— ¿Tal es vuestro apellido que os pesa
el declararlo?

El desconocido se puso en pie violenta-
mente, y una ola de sangre enrojeció sus
marmóreas facciones. Después, más páli-
do que un muerto, pero con profunda y
siniestra calma, dijo con voz solemne y
señalando al libro parroquial:

— Señor cura, poned ahí... Felipe II de
Austria, rey católico de España y de sus
Indias...

El párroco de San Andrés abrió des-
mesuradamente los ojos, su cuerpo se sacudió brus-
camente, quiso hablar y cayó muerto..

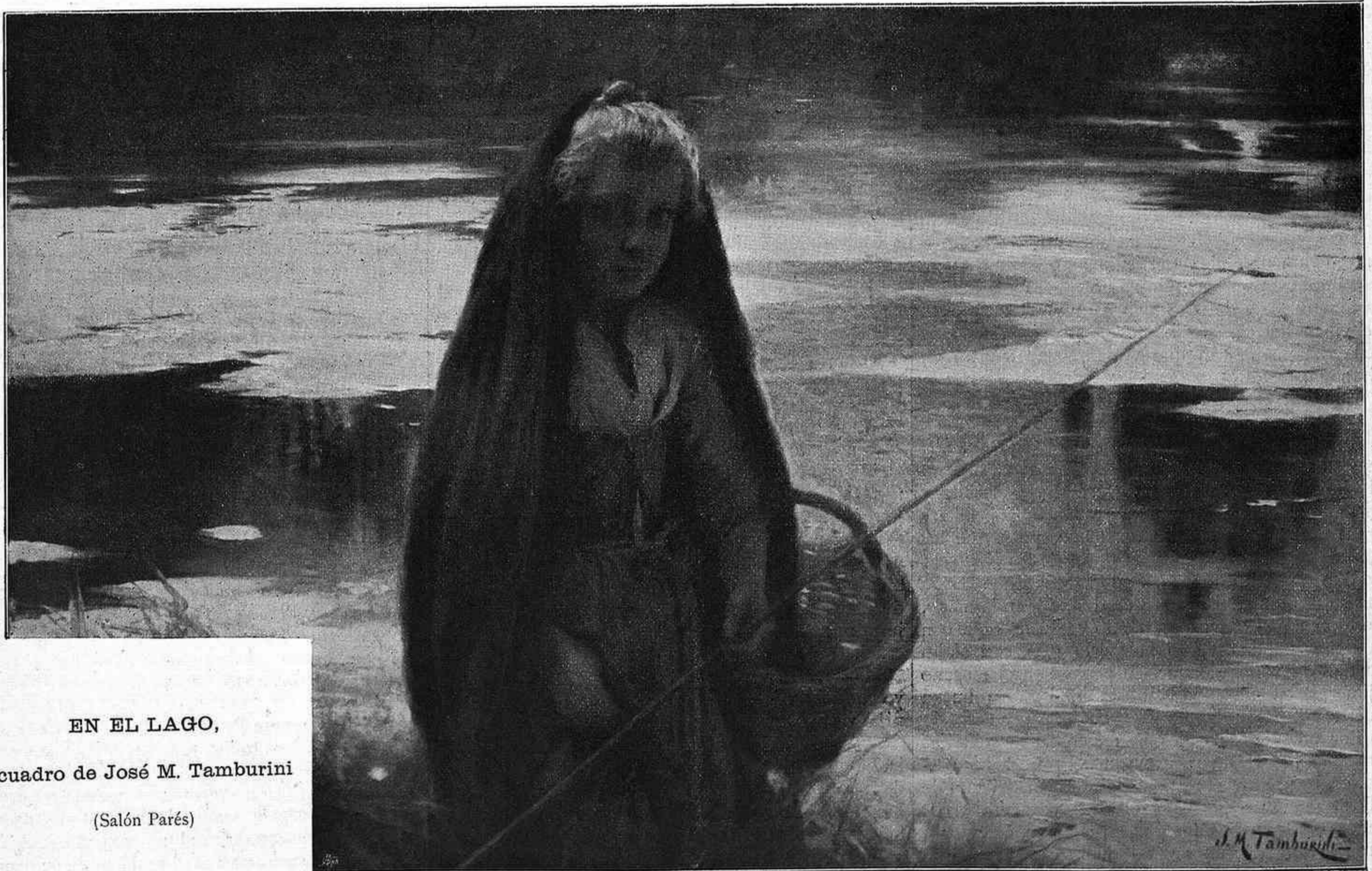
En el folio correspondiente a la partida bautismal
del hijo del tornero, que se conserva aún en la pa-
rroquia de San Andrés de Granada, hay un borrón
sobre el nombre del padrino y sigue luego la ins-
cripción de letra distinta, perteneciente al teniente
cura que terminó el acto.

Así fué un humilde menestral el *compadre* del rey
más poderoso de la tierra.

El que en este relato ha figurado con el nombre
de maese Pérez, no era sino Antonio Pérez, el céle-
bre secretario de Felipe II.

LUIS LÓPEZ-BALLESTEROS.

(Dibujos de Mariano Oliver Aznar.)



EN EL LAGO,

cuadro de José M. Tamburini

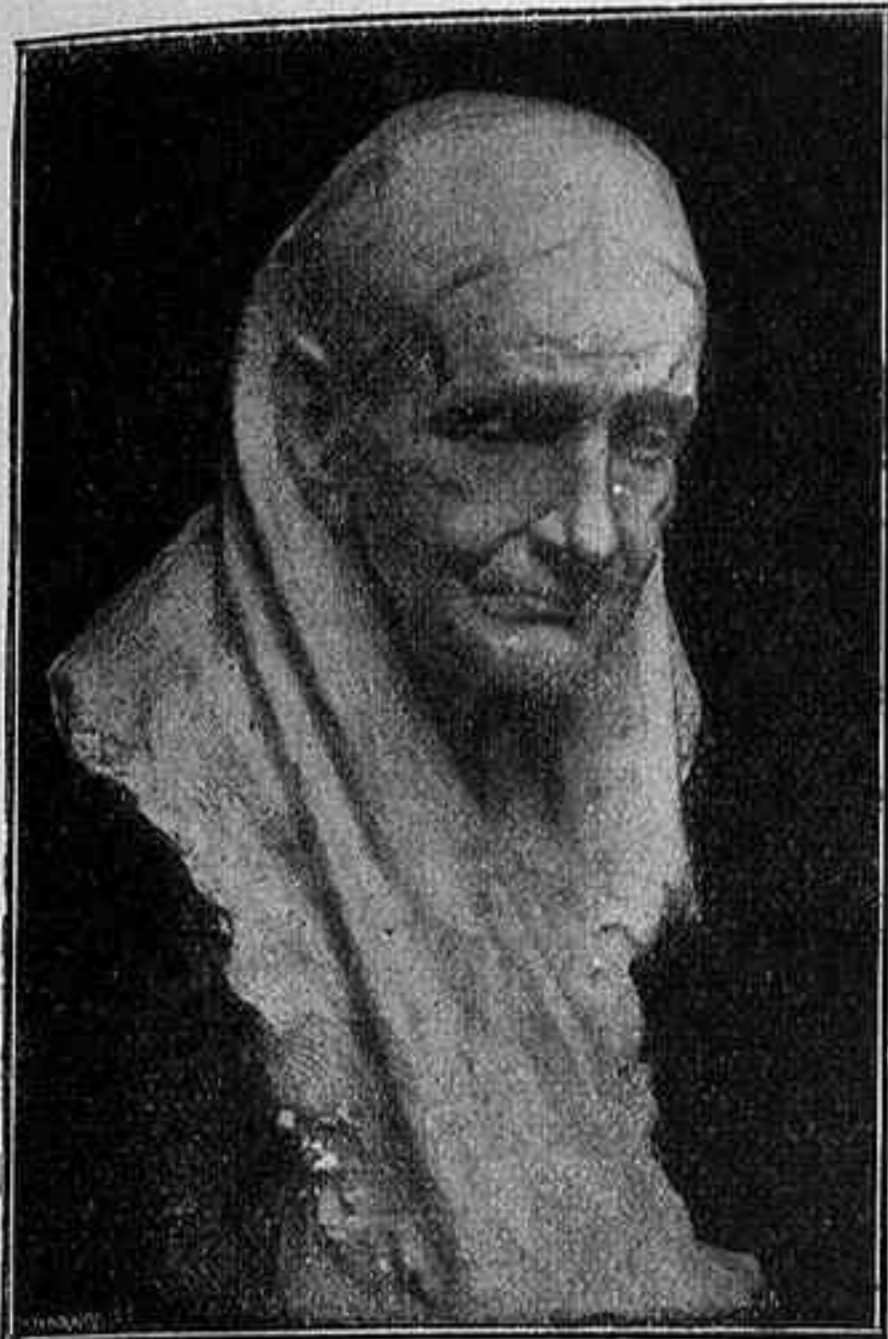
(Salón Parés)

J. M. Tamburini

LOS SALONES DE PARÍS. 1901

En la imposibilidad de señalar todo lo que por algún concepto es digno de mención, pues para ello debiéramos dar á esta revista unas proporciones que

no consiente la índole de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, nos limitaremos á exponer lo más saliente que ofrecen los Salones del presente año.



BUSTO MODELADO POR N. ARANSON. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901.)

SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES

De Cazin, el célebre maestro de Equihen, hay un gran cuadro, *Recuerdo de fiesta*, y dos paisajes que cautivan por su sencillez, por su armónica belleza, por la hábil combinación de lo real con lo poético y por los hermosos efectos de colorido.

Besnard presenta los cartones de las pinturas que han de cubrir las naves laterales de la capilla del hospicio Cazin-Perrochaud, en Beck-sur-Mer, cuya decoración ejecuta ese pintor en testimonio de reconocimiento por la curación de un hijo suyo: la idea que en ellos preside consiste en presentar á Jesucristo tomando

parte en todos los sufrimientos humanos, así como en todas las obras de la ciencia y de la caridad que se proponen la atenuación de los mismos. En estas composiciones, la realidad más viva aparece confundida con los impulsos de una sensibilidad ardiente. Formando contraste con estas obras, tiene expuestos este artista un bellissimo retrato de señora y una figura de mujer desnuda acurrucada en una butaca sobre una capa de raso negro bordada en plata, que hace resaltar la morbidez de sus formas y el color nacarado de sus carnes.

Un centenar de acuarelas de Tissot, que han de ilustrar el Antiguo Testamento y en particular el *Genesis*, y que son solamente la cuarta parte del trabajo del pintor para dicha obra, representan una labor de erudición tan paciente como original.

El *Cristo atado á la columna*, de Beraud, es asimismo de gran originalidad: en torno del Redentor se congregan para insultarle y atormentarle algunos tipos tomados de la sociedad contemporánea; es notable en este cuadro, aparte de la idea, la expresión de las diferentes figuras.

Las acuarelas de Gastón La Touche son una prueba más de la ductilidad del talento del artista: sus paisajes producen una impresión gratísima, y algunos de sus caprichos, como los homenajes á Chavannes y á Rodin, son ingeniosos y brillantes.

Nuestro compatriota Zuloaga se ha conquistado los mayores elogios de la crítica, que le conceptúa como uno de los primeros pintores españoles contemporáneos. Su *Paseo después de la corrida* ha llamado la atención por la verdad de la escena, el vigor de las figuras, la brillantez del colorido y la hermosura del paisaje. «Podrá discutirse — dice uno de los más reputados críticos parisenses — desde el punto de vista del gusto personal, la elección de tales ó cuales tonalidades, mas no importa; esta obra es la obra de un verdadero pintor.»

Jacobo Blanche ha combinado un grupo de personajes, escritores y artistas, en un medio pintoresco, en un café árabe de la Exposición; las cabezas de las figuras están bien estudiadas, y aunque la disposición resulta un tanto convencional y hay cierta deficiencia en lo que se refiere al aire y á la perspectiva, el conjunto es bueno. Del propio autor son un buen retrato y una figura de niña.

Raffaelli ha presentado una figura de señorita vestida de blanco y sobre fondo blanco también, que es un problema de color felizmente resuelto: es notable asimismo la expresión del rostro.

El retrato expuesto por Carlos Durán, de una señora en traje blanco, sentada, con un libro en la mano y un boa en el brazo, es indudablemente uno de los mejores del eminente retratista.

El cuadro de Anquetin, que representa á los conocidos escritores Pablo y Víctor Marguerite en su mesa de trabajo, es en extremo vigoroso y demuestra que su autor tiene condiciones para ser uno de los historiadores más decisivos de la época actual.



MEDITACIÓN, cuadro de F. C. Frieseke. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901.)

Eugenio Carriere sabe mantenerse á la altura en que desde hace años ha logrado colocarse. El cuadro que representa á una madre rodeada de sus hijos, es hondamente conmovedor; sus cuatro estudios de cabezas se distinguen por su expresión y por la maestría con que están ejecutados.

Merecen ser mencionados los retratos de la Gándara por su delicadeza y por su elegancia: este pintor ha conseguido especial y justa fama como retratista de señoras; sus retratos femeninos son un portento de gracia y cautivan por la finura de su colorido.

Aman-Jean ha llegado á la expresión más completa de su temperamento sobriamente armonioso en su retrato de niña sentada en medio de un luminoso paisaje montañoso.

Dignos son de mención también los retratos pintados por Zorn, Osterlind, Luisa Breslau, Dagnan-Bouveret, Courtois, Delance, Magdalena Lemaire, Edelfeldt y otros que sería prolijo enumerar.

Meditación, de Frieseke, es un buen estudio de figura, tanto por la expresión cuanto por la sobriedad.

Denis, en su *Cristo á los niños*, ha seguido el procedimiento de antiguos maestros, representando una escena bíblica con una mezcla de personajes modernos; es decir, recurriendo á esos anacronismos voluntarios que hacen más fácilmente inteligible un símbolo: esta obra, hermosa de color, es además en extremo sentida.

Hijas de reyes, de G. M. Stevens, tiene cierto carácter de antigüedad que armoniza con el asunto.

Veber hace gala en sus cuadros de su habilidad en combinar lo imaginativo con lo real y de sus notables dotes de dibujante y colorista.

La Francia desarmada, de Willette, encierra un pensamiento bellissimo de paz y de amor. Completan el envío de este artista las *Estaciones*, encantador conjunto de delicadezas y de ternuras; una alegoría de la muerte de María Antonieta, y un capricho sobre la crueldad de los niños.

Otras pinturas decorativas y de imaginación dignas de citarse son el *Regreso de Citerrea*, de Metivet; *La muerte de la pequeña cortesana*, de Callot; la *Visitación*, de Aublet; los desnudos de Stewart; el gran lienzo de Abbey para la Biblioteca de Boston; el *Eco* y la *Fecundidad*, de Koos; los caprichos de color de G. La Touche; la *Adoración de los pastores*, de Nillet, y las composiciones de Desvallieres.

En el lavadero, de Decisy, es una pintura llena de vida y de luz, en la que son de admi-



PAISAJE, de P. Bocquet. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901.)

rar, así la expresión de las figuras como la belleza del paisaje.

La *Joven madre*, de Lhermitte, está bien sentida y sobriamente ejecutada.

Los cuadros de Lobre, que por sus dotes de sentimiento y por su rica técnica es uno de los primeros pintores de género franceses, son una deliciosa resurrección de Versailles; su *Biblioteca del Delfin*, su *Oeil de-Bœuf*, su *Salón del Reloj* y su *Pequeño salón Luis XV* están hermosamente pintados y constituyen otras tantas obras de arte en toda la extensión de la palabra.

Prinet en su *Sonata de Kreuzer*, en su *Despedida* y en *La mujer del sofá* ha dado una nota un tanto romántica que no disgusta á los inteligentes.

La *Campesina*, de Pury, es un buen ejemplar de pintura ruralista y un bonito estudio de color.

Entre las pinturas ruralistas deben ser clasificadas también la *Lección de calceta*, de Willy-Martens, y *Tarde de verano*, de Bonnecontre, cuadros de impresión sumamente simpática.

La *fragua abandonada* y la *Vieja hilandera*, de Beroneau, son dos notas muy sentidas y bien pintadas.

Mme. L. de Lee, con sus *Dos amigas*, demuestra ser una artista de verdad: el contraste entre las dos figuras está perfectamente entendido y el fondo del lienzo tiene poético encanto.

Marineros, de nuestro paisano Dionisio Baixeras, es una bellísima nota del género que con tanta maestría cultiva y que le ha valido uno de los primeros puestos entre los artistas españoles.

A este género pertenece también el cuadro de Brin *Arrastrando la barca*, que tiene cualidades de dibujo y color muy notables.

Simón y Cottet son los jefes de la escuela neobretona: sus cuadros *Procesión* y *Romería*, del primero; y *Las hogueras de San Juan*, del segundo; demuestran cuán merecidamente figuran al frente de

nadas. Raffaelli ha presentado varias vistas de París llenas de vida, que son, por decirlo así, abreviaciones expresivas; puesto que prescindiendo de todo lo accesorio, sólo ha puesto en ellas lo verdaderamente esencial, avalorado por una interpretación personal y con sus puntas y ribetes de filosofía irónica.

Los paisajes de Rocquet y de Barau cautivan por su verdad y por su poesía; en ellos aparece la naturaleza tal cual se ofrece á quien la mira con ojos de verdadero artista, tal como la sienten los que entienden que la misión del pintor consiste en algo más que la del fotógrafo.

Merecen también ser especialmente mencionadas las obras de Bretón y Nelaton, las delicadas marinas de Perrandeau, la playa de Biarritz de Stevens, los rincones de aldea de Griveau, Montcourt y Morrice, los paisajes con animales de Rousseau, los brillantes paisajes meridionales de Mon-

tenard, los cuadros de Billotte, Guignard y Gilsoul, las vistas nocturnas de Meslé, y los lienzos de Lebasque, Mme. Gardinier, Maufra, Smith, Toussaint, Schonheyder-Müller y otros.

La sección de escultura comprende apenas ciento cincuenta obras, pero en su mayoría notables. El *Victor Hugo*, de Rodin, que ha de formar parte del monumento al ilustre poeta que ha de erigirse en París, es un portento de expresión que acredita una vez más la maestría del genial escultor.

M. Saint-Marceaux expone los monumentos á Félix Faure y á Alfonso Daudet, que por su corrección y su elegancia pueden considerarse como modelos en su género.

La *mujer saliendo del baño*, de Bartholomé, está delicadamente modelada. El grupo de Esoula *Hacia*

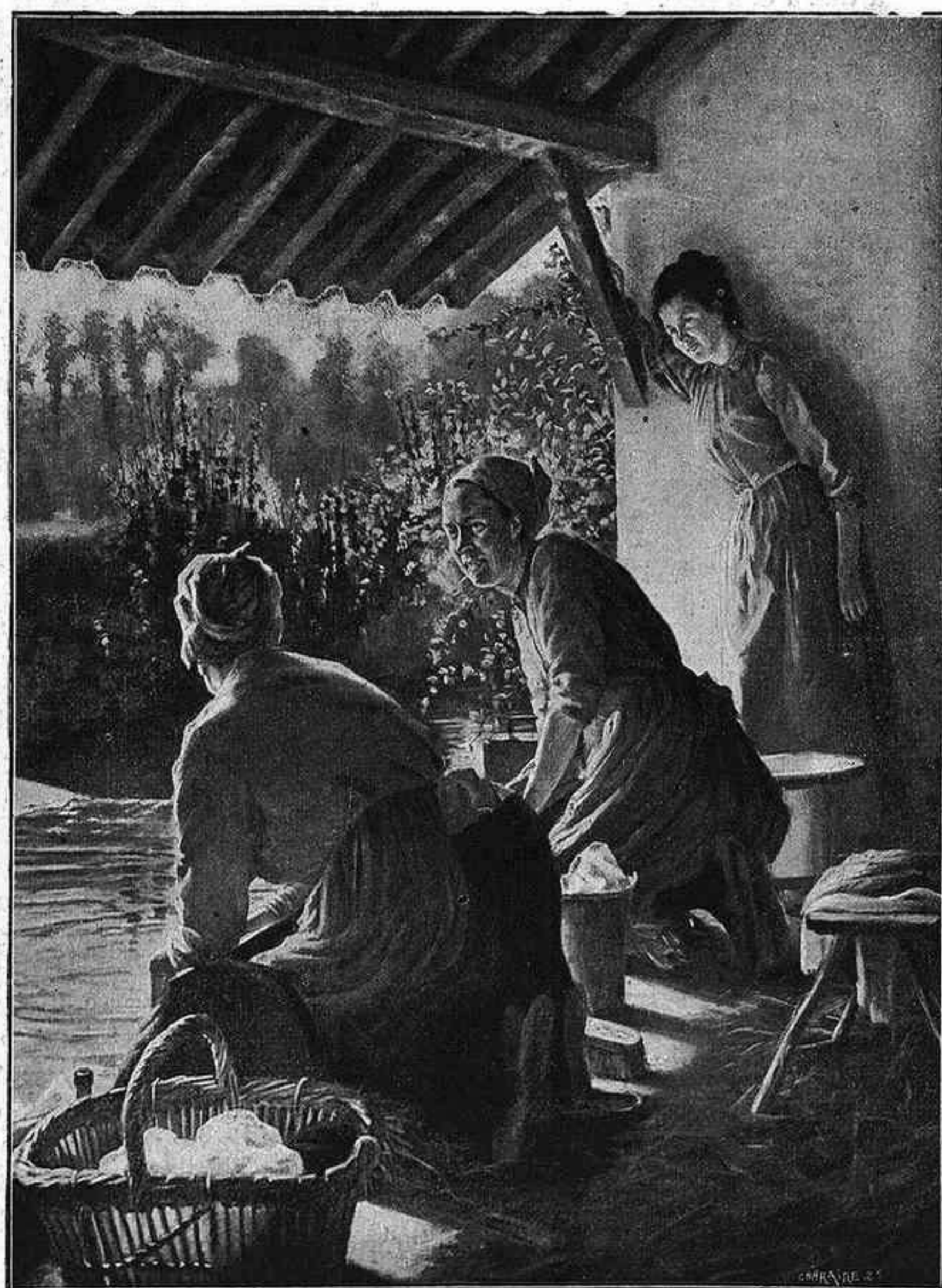


HIJAS DE REYES, cuadro de Gustavo Max Stevens. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901.)

este grupo, en el cual sobresalen también Dauchez, Legout-Gerard, Piet, König, Le Pan de Ligny, Truchet, Baseilhac y otros.

Como cuadros de costumbres dignos de elogio, mencionaremos también los de Mme. María Duhem, Montenard, Pinchon, Hagborg, Dagnaux y Avelot.

En la sección de paisajes, llaman en primer término la atención los de Carlos Durán, Lebourg y Raffaelli. Expone el primero tres vistas de Saboya, sinceramente pintadas, de hermoso colorido y gran transparencia, tanto más dignas de admiración cuanto que su autor, el célebre retratista de quien antes nos hemos ocupado, no se había hasta ahora dado á conocer como paisista. Las vistas de Rouen y del valle del Sena, de Lebourg, son de un efecto delicioso por la armonía y el sentimiento de que están impreg-



EN EL LAVADERO, cuadro de Eugenio Decisy (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901.)



JOVEN MADRE, cuadro de L. A. Lhermitte (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901.)



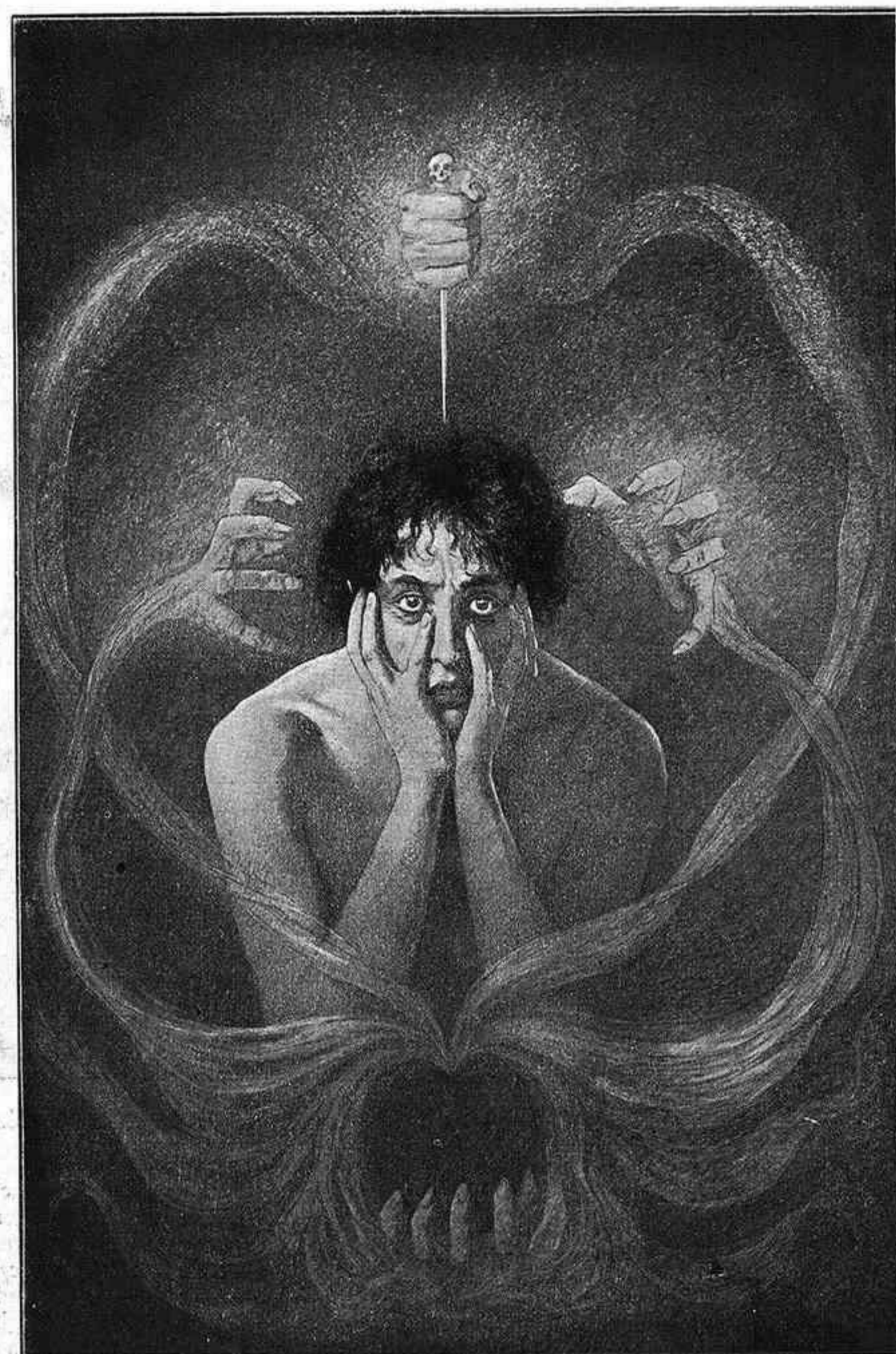
CAMPESINA, cuadro de E. de Pury



EL CÁNTARO ROTO, cuadro al pastel de P. Carrier-Belleuse



EN EL PARQUE, cuadro de A. de la Gándara



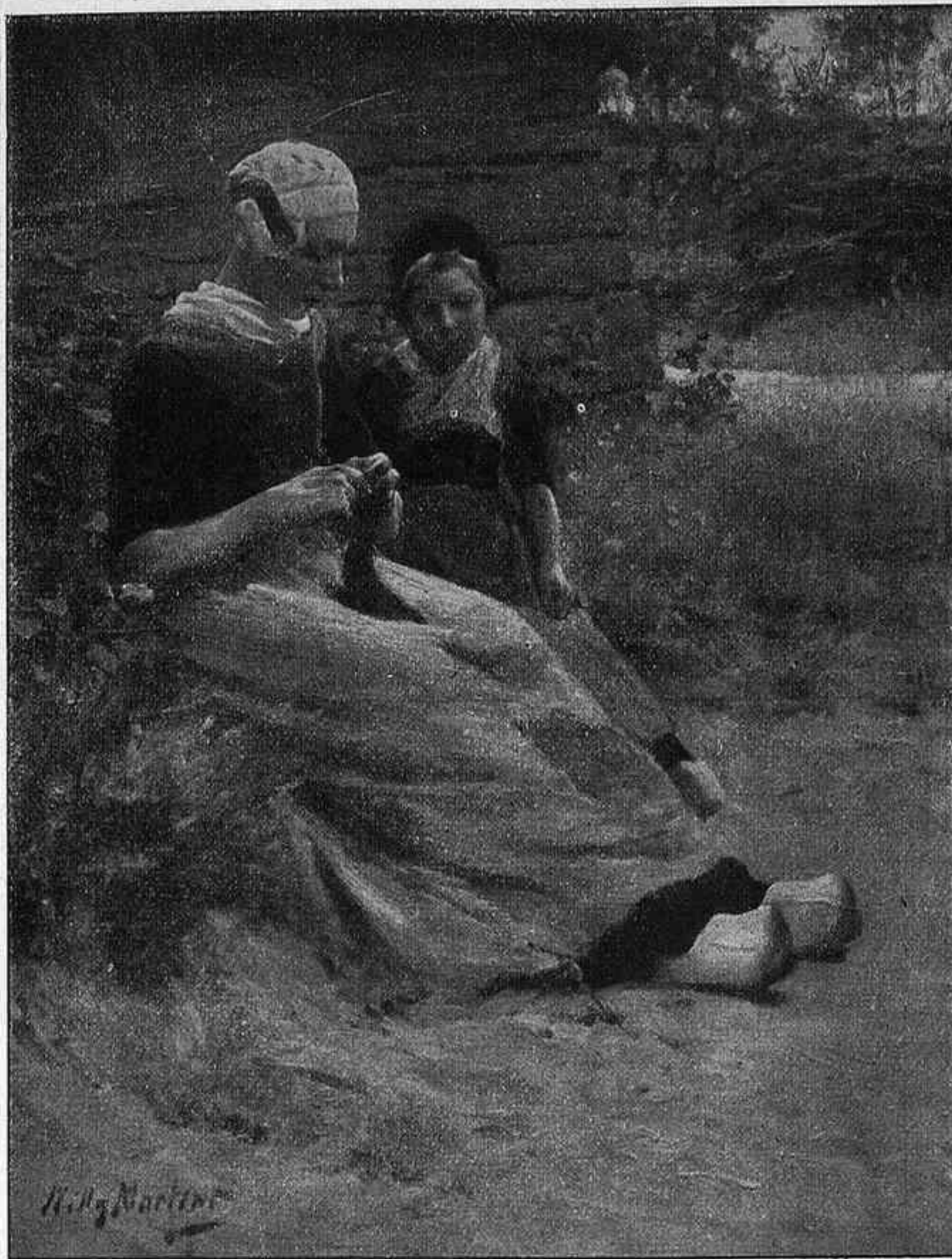
LA LOCURA, cuadro al pastel de A. Klamroth



el amor es una obra tiernamente sentida y concienzudamente ejecutada. La *Vida obscura*, de madame Cazin, inspirada en un tema sencillo y verdadero, re-

las Sras. Vallgren, Thaulow, Faure-Dujarric, Rouzaud, Herisson y Combette, obras dignas de encomio por muchos conceptos. — R. (Concluirá)

obras de este distinguido artista. Ellas pregonan su valía y merecimientos, con mayor precisión que cuantos juicios pudiéramos consignar. Esto no obstante y con motivo de reproducir en estas páginas otra de sus interesantes producciones, no cree-



LECCIÓN DE CALCETA, cuadro de Willy Martens (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901)



DOS AMIGAS, cuadro de Mme. L. de Lee-Robbins (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901)

vela en su autora una sensibilidad profunda. El busto de una anciana modelado por Aransón es por demás expresivo y se distingue por su ejecución sobria.

Entre otros escultores que han presentado obras dignas de alabanza, citaremos los nombres de Carabin y Dejean.

Varios son los pasteles notables que en el Salón figuran, pudiendo citarse como más notables *La Locura*, de Klamroth; las vistas de España de Milcendeau; *El cántaro roto*, de Carrier-Belleuse, y los retratos de Aman-Jean, Luisa Breslau, Roberto Besnard, Gándara y Marlef, las vistas de París de Houbron y los paisajes de Gustavo Prunier.

En la sección de dibujos sobresale la colección presentada por el célebre dibujante Renouard: en ella está reproducida de mano maestra la historia popular, por decirlo así, de la Exposición Universal de París de 1900. Contemplando aquella serie de impresiones llenas de vida, se renueva con toda la intensidad de la visión directa de lo real el recuerdo de los tipos, de las escenas, de los lugares, de los espectáculos que formaron el conjunto grandioso é interesante de aquel certamen, adonde acudieron gentes de todos los países y en donde pudieron admirarse los cuadros más extraños, variados y pintorescos. Y tanto como la verdad que en todas estas obras campea, asombra en la labor de Renouard la inmensa variedad de asuntos por el artista tratados; apenas se concibe que un solo hombre haya podido hacer todo esto no teniendo el don de ubicuidad.

Terminaremos estos apuntes mencionando los trabajos cerámicos de Hansen-Jacobsen, Miguel Cazin, Vallombreuse y Lerche; las joyas de Roberto Nau, Pedro Selmersheim, Mangeant y Jacquin; los muebles de Carabin y Charpentier, y las encuadernaciones de Mario Michel, Clemente Mere y Prouvé y de

NUESTROS GRABADOS

En la *mezquita*, cuadro de Antonio Fabrés. (Salón Parés). — La forma y el color ejercen en Antonio Fabrés dominante influencia, debiéndose á esta circunstancia su constante afán de dar relieve y apariencia corpórea á sus figuras, que logra con tanto acierto y fidelidad que sorprende y maravilla. No cabe suponer al merísimo artista catalán subordinado á los efectismos, pues su labor, siempre magistral, aparece

mos ocioso llamar la atención acerca de un hecho que justifica el lisonjero concepto que merece Tamburini como pintor y como artista. En su primer aspecto merece plácemes por la atinada construcción de las figuras, por la hermosa entonación de sus paisajes y por esa gama sobria, exenta de efectismos, que produce ese encanto, nota distintiva de todas sus obras. En el segundo aspecto preséntase siempre observador, tratando de expresar un sentimiento, una idea, una impresión, que revelen su temperamento artístico y su personalidad, digna de la consideración y simpatía que todos le dedicamos.



UNA PROCESIÓN, cuadro de L. Simon. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901.)

franca, sin que se adivine al examinar cualquiera de sus obras vacilación ó el menor asomo de duda. Cuanto digamos respecto del esfuerzo de su poderosa voluntad parecería paradójico. A costa de inteligentes y constantes estudios ha podido llegar á producir obras de tan indiscutible valor como la que reproducimos en la primera página de esta Revista, honra del artista y brillante manifestación del arte español.

En el lago, cuadro de José María Tamburini. (Salón Parés). — Conocidas son de nuestros lectores algunas

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — GRANADA. — El Ayuntamiento de Granada ha anunciado las fiestas del Corpus y la feria real que en aquella ciudad se celebrarán desde el día 5 al 13 del corriente mes, por medio de un cartel verdaderamente artístico, en el cual se admiran, tanto la corrección del dibujo y el acierto del colorido, cuanto la perfección con que están combinados la figura modernista, el escudo de la ciudad, el fragmento de paisaje y los demás elementos decorativos, formando todo ello un conjunto grandioso y elegante. El cartel ha sido dibujado por D. M. Medina, litografiado por D. R. Garbero y tirado en el establecimiento tipolitográfico de don Paulino Ventura Traveset, de Granada.

LONDRES. — El célebre cuadro de Gainsborough, el retrato de la duquesa de Devonshire que reproducimos en el número 1.010 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y que habiendo sido robado hace 25 años en Londres fué recientemente descubierto en los Estados Unidos y nuevamente llevado á Inglaterra por su propietario, Mr. Agnew, ha sido vendido por éste al millonario americano J. Pierson Morgan por 750.000 pesetas.

Necrología. — Han fallecido: Angelo Massedaglia, eminente economista italiano, ex profesor de Economía Política y Estadística de la Universidad de Roma. Virgilio Tojetti, notable pintor norteamericano, el artista predilecto de la alta sociedad yanqui, cuyos cuadros adornan los palacios de los Vanderbilt y Rockefeller; fué el retratista de todas las damas del gran mundo financiero y decoró los principales teatros de los Estados Unidos. Wenceslao Brozik, notable pintor de historia bohemio, director de la Academia de Bellas Artes de Praga. Gras, general francés, inventor del fusil que lleva su nombre.

EL FANTASMA

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR PABLO BOURGET

(CONTINUACIÓN)

IV

Niza, 26 de febrero.

... ¡Qué insensato he sido al creer que podría soportar esta renuncia á lo que fué la dicha de mi juventud, vuelta á encontrar milagrosamente en el momento en que esa juventud va á acabarse, cuando llego á la edad de las arideces interiores y de las abdicaciones definitivas!.. ¡Qué insensato al creer que ahogaría mi corazón cuando se había puesto de nuevo á palpar con esa amplitud de deseos y esa fuerza de impresión de que no me creía ya capaz! ¿Y por qué? ¡Por qué! ¿Cómo permanecen esclavos de un prejuicio los más libres, los que siempre han luchado en sí mismos contra la esclavitud de la opinión!

¡Sí. ¿Por qué he dejado aquella pequeña y tranquila ciudad de Hyères, en la que este pobre corazón gastado se había caldeado y rejuvenecido? ¿Por qué he dejado á aquella pobre niña que me amaba, que me ama, y á la que veo de continuo apoyándose con una mano en aquel árbol cuando quise atraerla hacia mí, y dejando caer de la otra el canastillo de las rosas? Me espera, me llama por lo bajo y se desespera. ¿Por qué he venido á martirizarme y á hacerla sufrir, mientras yo arrastro estas horas miserables de falsos placeres, de falsas simpatías y de falsos odios?

Podía soportar esta existencia cuando me decía, devorado por la pena del recuerdo de Antonietta: «¿Qué importa dónde ni cómo vivo, puesto que sé que no la volveré á encontrar?..» Y la he encontrado, la tengo cerca de mí, me quiere, me ama. ¿Y sacrifico la emoción divina que me está reservada á su lado? ¿A qué? A la más vulgar y menos justificada de las preocupaciones. ¿Qué ha sido de aquel valor de mi propia sensibilidad del que hice á los veinte años mi religión, cuando entré en el mundo decidido á gozar de *mis* alegrías, á sufrir *mis* sufrimientos, á querer *mis* voluntades, á vivir *mi* vida?

He amado, amo todavía á la madre, ¡oh!, con pasión, profundamente... Amo á la hija. Las amo á las dos, la una muerta y la otra viva. Toda la verdad de mi corazón es esa. El resto es mentira... Pero no se ama á la hija después de haber amado á la madre. ¿Por qué? Si yo siento así, siento así. La lógica de ese sentimiento exige que vaya hasta el fin y que pisotee un escrúpulo que no tiene más que un motivo — ¡qué cobarde motivo!, — la idea de lo que se pensaría de mí si se conociese ese secreto. ¿Y quién? Ese rebaño de almas convencionales, al que desprecio tan completamente; esas mujeres y esos hombres que condenarían de palabra al amante casado con la hija de su amada y que acudirían en tropel á sus fiestas si era rico. ¿Quién? Esas almas frías á quienes espanta la pasión y que temen su ardor, su fiebre, su frenesí. Pero si precisamente ese ardor, esa fiebre y ese frenesí son todo lo que yo he deseado... ¿Y valgo aún?

Si hubiera conocido y amado á Antonietta á la edad que hoy tiene Evelina, y después de estar separados diez años la volviese á encontrar ahora á la edad que tenía cuando las embriagadoras tardes de la avenida de Sajonia, ¿tendría remordimiento de ir á ella? ¿No caería á sus pies con éxtasis para cogerle las manos, para posar mi cabeza en sus rodillas y decirle: «Gracias por haber vuelto?» ¿Por qué renegar ahora de mis emociones de otro tiempo en las actuales emociones, puesto que aporto el mismo corazón á la misma mujer? ¿Qué habría de criminal en esta reproducción de la antigua dicha?.. Nada; y esta es precisamente la situación en que me encuentro.

Cuando digo que las amo á las dos, miento. No amo más que á una, porque no son más que una. ¿Puedo acaso distinguir las en mi pensamiento, en mi ternura, en mi deseo? ¿Tengo para la una y para la otra sentimientos diferentes? ¿No se trata de la misma adoración de la misma belleza y del mismo corazón que va hacia un corazón idéntico? La única diferencia está en ese enemigo contra el cual el amor mismo está desarmado: el tiempo, que se interponía entre Antonietta y yo. El tiempo nos separaba, en mi pasado y en mi porvenir, puesto que ella había vivido, sentido y sufrido antes que yo y temía tan dolorosamente que la viese envejecer. Evelina es Antonietta sin pasado, Antonietta con toda su juventud por delante para recibir y para dar el amor.

¡Ah! Si la «pobre Antonietta» viviera, y al empezar á envejecer me viera buscar el oro de sus cabellos, ya blancos, en los cabellos de su hija; sus ojos azules en las pupilas de su hija; su sonrisa, ya perdida, en la sonrisa de su hija, y los celos le mordiesen el corazón, aquel corazón con el que tanto he acariciado el mío, sería infame infligirle esa tortura. ¡Pero no! He conocido demasiado todas las magnanimidades de su ternura y lo infinito de su abnegación. Si me hubiera visto enamorarme de Evelina, parece que la oigo decirme, con su voz de las horas supremas: «Es á mí á quien amas en ella. No tengas remordimientos. Abandónate á esta pasión. Amándola me permaneces fiel. Al dártela me doy á ti yo misma todavía. Es joven y tendrás más tiempo para amarme en ella...» Sí, así me hablaría; así me habla. Tengo otra vez la irresistible impresión de que este encuentro lo ha querido ella; de que está allí, invisible y presente, y de que me impulsa por una influencia misteriosa y bienhechora, diciéndome: «¡Andal!..»

La prueba está hecha. He tratado lealmente de resistir á ese llamamiento á mi fantasma, vuelto á la existencia, que me sonríe, que me tiende los brazos, que me ofrece su vida, la Vida. ¿A quién perjudico yendo á él? ¿A quién quitaré nada el día en que me case con Evelina, si es que me caso? Yo soy el que ella necesita, como yo la necesito á ella. El haber amado tanto á la otra, me servirá para amarla más á ella y para saber mejor cómo resguardar su exquisita sensibilidad... ¡Con tal que me perdone mi partida y que no me ame menos á mi vuelta que en aquel minuto inolvidable en que dejó caer las rosas! Siempre que... Yo sabré todo esto mañana, si quiero. Mañana, dentro de veinticuatro horas, puedo tomar de nuevo el blanco camino de Costebelle, entre las imágenes llenas de flores, volver á ver los pinos de Alep, los olivares, la entrada de los Cistos con sus enredaderas, la calle del parque con sus naranjos y sus palmeras enlazadas; ver de nuevo la casa y á ella, mañana, *si quiero*...

Niza, 27 de febrero.

... *Quiero*. Esta vez está decidido. Son las siete de la mañana y escribo esto esperando el coche que me va á llevar á la estación. El tren sale á las ocho. A las once y media estaré en la Pauline y á las doce en Hyères. A la una la veré... ¡Oh, fantasma mío! ¿Por qué no puedo evocarte en realidad y pedirte que pronuncies materialmente esas palabras que oigo muy bajito en mi corazón: «¡Ámala!.. ¡Ámanos!..» ¡Ah! ¡Tengo miedo!

V

UNA CONFESIÓN (CONTINUACIÓN)

OTROS FRAGMENTOS DEL DIARIO DE MALCLERC

I

Promontogno, 24 de agosto de 1893.

... Nos hemos detenido aquí unos días, á mitad de camino entre la Engadina y la Italia, esta dulce Italia que tanto deseaba visitar con Evelina, después de haber soñado tanto en otro tiempo con vivir en ella según mi corazón y con Antonietta... ¿Qué melancolías me esperan ahora y qué decepciones? ¿Qué laceraciones de esta idea fija que ha empezado á apoderarse de mí? ¿Qué tendré que escribir en este pobre diario, que he vuelto á coger para aliviarme de tantos silencios hablándome, al menos, á mí mismo como en otras horas de otros tiempos?

Cuando entonces le escribía estaba libre, iba y venía sin esta sensación de un corazón tan tierno, tan adicto, suspendido de mis movimientos. Entonces podía sufrir sin que mi sufrimiento tuviese en seguida una repercusión que le duplica, sin este suplicio de hacer miserable por mi miseria á la inocente niña á quien he jurado protección. Es una palabra empeñada y debo cumplirla. ¿Y qué quiere decir la palabra proteger si no significa asumir sobre sí toda la prueba, llevar toda la cruz, como diría Evelina, ella que reza y que tiene en los momentos demasiado duros un altar donde arrodillarse y un apoyo allá

arriba á quien implorar? Yo no tengo más que á mí mismo, y esta vida de dos lleva consigo, como condición particularmente desoladora, que la ternura inquieta de mi compañera no me deja concentrarme en ese «yo» para reconfortarme en él. Sus dulces ojos, tan crueles sin saberlo, tienen esa inquisición del amor celoso que quiere leer hasta el fondo del ser amado para descubrir en él la pena oculta, consolarla y compartirla.

A una herida como la mía, tan profundamente envenenada, lo que le convendría sería la paz absoluta, la total soledad, sin que ninguna mano tratase de aproximarse á ella, ni aun para curarla, y que sangrase, sangrase, sangrase indefinidamente. Cuando me he sentado á pensar en voz alta ante este cuaderno, me ha parecido que manaba, en efecto, un poco de sangre de la llaga en esta confesión. ¡Y he dudado tanto tiempo antes de emprender de nuevo este peligroso diario! Pero mi comedia de todos los instantes me volvía loco.

Es preciso que sea verídico, completa y ferozmente verídico con alguien, aun cuando sea con este papel blanco y aunque no tenga para abandonar a esta sinceridad absoluta más que un instante como el actual, conquistado por una mentira. Para poder encerrarme con llave en este cuarto he tenido que pretextar la fatiga y la necesidad de descansar. Sé que Evelina está ahí, en la pieza próxima, atormentada por mi sufrimiento, creyendo que duermo y sin atreverse á hacer un movimiento. ¡Qué piedad! Y yo ahogo mis pasos, no me levanto, no me muevo, por temor de que, creyéndome despierto, venga á llamar á la puerta y á preguntarme si estoy mejor, con esa voz que me conmueve hasta hacerme llorar y que me da ganas de arrojarme á sus plantas y pedirle perdón...

¿Perdón de qué? ¿Soy culpable por haberme lanzado con toda mi alma hacia lo que creía la felicidad; por haberme extraviado, pero con tan buena fe, por el espejismo de la esperanza; por haberme engañado, pero tan sinceramente, por esta potente magia del deseo que flota como un vapor entre nosotros y la realidad? Un corazón de hombre no es á los treinta y cuatro años lo que era á los veinticinco. Una joven de veinte años y una mujer de treinta y dos no son el mismo ser. El amor fuera del matrimonio no es el amor de los casados. Estas verdades que me parecen hoy claras y elementales, las comprendo muy tarde.

No he comprendido tampoco que ciertos secretos pesan demasiado sobre el corazón. No se es marido feliz de una joven habiendo amado á su madre. Se puede amar á esa hija, pero en un sueño, idealmente, de lejos. Durante el tiempo en que fuimos prometidos ocurrió así, y por eso fué aquello posible. Aquellas dos caras, la de la muerta y la de la viva, tan semejantes la una á la otra, se superponían, se mezclaban, se confundían. De aquellos dos seres el uno no era más que un recuerdo, el otro una esperanza, y yo permanecía respecto de ellos en ese dominio de la idea, separado por un abismo del dominio de la posesión. Al pasar del uno al otro he reconocido toda mi locura y he visto en qué camino me había aventurado... pero no solo, por desgracia.

El día en que Evelina fué verdaderamente mi mujer, vino el despertar, un despertar tan brusco, tan rápido y tan irremisible como la especie de sobresalto animal de que ha procedido. Antes de cierto momento Antonietta y Evelina no eran más que una. Después son dos, y para que yo pudiera vivir dichoso en tal matrimonio era preciso que esa dualidad no se me apareciese nunca, era necesario que aquella ilusión de mi amante resucitada se prolongase, era preciso... ¡Ah! Era preciso que fuese feliz. La felicidad solamente absuelve de ciertos actos. Para soportar el haberlos cometido, hay que permanecer como embriagado. Cualquiera me hubiera predicho lo que me sucede. Yo no supe preverlo.

Cuando pienso en esto me doy cuenta de que he estado como loco durante mi noviazgo. No era aquello la joven y ligera embriaguez propia de ese período que no es más que un punto, pero delicioso por lo desconocido, un oasis de sueño entre una existencia acabada y otra nueva. Mi locura estuvo en el ardor, trágico en el fondo, del hombre que espera del matrimonio lo que debe esperarse de la pasión,

una exaltación intensa de la sensibilidad, un estremecimiento supremo, un encanto. ¿Cómo había de ver claro en mí cuando vivía en aquella desconcertante semintimidad, mezcla de reserva y de abandono, en la que la joven permanece tan lejana y tan presente, tan extraña y tan familiar, tan cerca del momento de las supremas realidades y tan castamente inaccesible?

En tres ocasiones, sin embargo, aquella locura fué iluminada por un rayo de razón. Por tres veces observé — ó hubiera podido observar, si hubiese querido — que aquella identidad entre mi antiguo amor y el nuevo era ilusoria. Por tres veces pude prever lo que me sucede, este eterno conflicto de mi corazón entre dos emociones que se excluyen en vez de completarse, que se combaten en lugar de confundirse. Esas tres pruebas iluminaron las profundidades de mi pensamiento, pero yo cerré los ojos y seguí mi destino.

La primera data de nuestra vuelta de Hyères á París y fué mi presentación al Sr. Andiguier, el coleccionador, el antiguo amigo de Antonieta. ¡Con cuánta frecuencia había sentido en estos siete años el deseo y el miedo de conocer á este hombre! Sabía por mi pobre amada que ésta le había nombrado su ejecutor testamentario, y esto me había hecho suponer en otro tiempo que al día siguiente de la catástrofe, todas mis cartas habrían caído en su poder. No me las había devuelto, lo que indicaba que el mismo testamento le había encargado que las destruyese. Pero siempre pensé que las había leído, y un pudor invencible me impedía acercarme á aquel depositario de un secreto que yo hubiera querido guardar solo en mi corazón.

Aquella aprensión se convirtió en verdadero terror durante mi noviazgo. Evelina le escribió para anunciarle nuestro proyecto y yo esperaba verle aparecer en Hyères. No vino, sin embargo, y respondió en términos que probaban que no había tenido mis cartas á su disposición ó que las había quemado sin leerlas. Si me hubiera quedado alguna duda sobre este punto, su acogida la hubiera disipado. ¿Por qué no pude corresponder á ella? ¿Por qué me avergoncé de aquella simpatía? ¿Por qué sentí, ante la mirada franca de ese anciano, aquel malestar insuperable, sino porque me representaba á mi amada, á la madre de mí prometida, con tan vigorosa realidad? ¿Por qué aquel malestar ha ido creciendo hasta convertirse en sufrimiento, á medida que se prolongaba nuestra visita á su museo, sino porque Antonieta me había hablado tanto de él?

La vista de algunas obras de arte me la representaba demasiado viviente, como aquella Santa Clara, del Angélico, que tiene en la mano su propio corazón ardiendo. «Así quisiera yo tener mi retrato hecho para ti,» me dijo un día Antonieta después de haberme descrito aquel cuadro. Cuando le vi me puse á contemplarle con un enternecimiento inexpresable. Me parecía que el corazón de mi pobre Antonieta estaba ardiendo, en efecto, en las manos de la santa. En aquel momento Evelina se aproximó á mí para mirar aquella pintura que tanto parecía interesarme, pero apenas le dejé tiempo para poner en ella los ojos. ¿Por qué su presencia ante el cuadro me resultaba físicamente intolerable, sino porque era la hija de la otra y porque todo el ser se subleva contra ciertas mezclas de sensaciones? ¿Qué advertencia! ¿Por qué no la escuché?

Otra, no menos significativa, fué nuestra visita al hotel de la calle de Lisboa, donde habitaremos á nuestra vuelta. ¡Por qué extravió he aceptado esta combinación, cuya realización tanto temo! Por fortuna, el hotel ha estado alquilado durante todos estos años, de modo que su instalación no es la misma que en vida de Antonieta. Pero Evelina se ha encargado de suplir todos los cambios con sus recuerdos, conduciéndome de estancia en estancia recordándome toda su vida de niña y la de su madre y haciéndome las presentes.

Me presté á aquel ejercicio de memoria con una curiosidad, tierna al principio, pero que pronto se convirtió en dolorosa. La evocación de su existencia infantil me llevaba de un modo preciso á mi vida de amante, en la misma época; yo también sentía renacer mis recuerdos y realizarse una separación entre las dos mujeres. La imagen de la madre se destacaba y se distinguía de la de la hija en cada una de sus frases. «Yo hacía esto,» decía. «Mamá hacía tal cosa...» y la alucinación en que se confundían para mí, se disipaba. Las sentía dos... y dos rivales.

Hubo un momento, cuando acabábamos de entrar en el saloncillo en que Antonieta se encerraba para escribirme, en que vi de repente á la joven reflejada en el espejo de la chimenea. El milagro de su parecido con la muerta, que me había encantado hasta la fascinación, me produjo de repente la sacudida

de un verdadero espanto. Creí ver el fantasma de Antonieta que venía á arrojarnos de aquella pieza donde tanto me había amado en su pensamiento. La voz de la viva, que me llamaba por mi nombre y me hablaba con su confiada amistad, me hizo estremecerme como una profanación. «No me siento bien, dije. Vámonos de aquí...» Y me llevé á Evelina hasta el coche en que su tía nos estaba esperando.

Había tenido la suerte de que la condesa no se atreviese á subir la escalera y de que ninguna de sus hijas estuviese con nosotros. ¿Debo decir la suerte? ¿No hubiera sido mejor que asistiese á aquella escena algún testigo, que la atención de Evelina hubiera sido despertada por alguna observación, cuando en su tierna ceguera no tuvo otro cuidado que el de mi salud? Yo no quise ver en aquello más que un desorden pasajero de mis nervios, siendo así que aquella visión de la muerta irritada era el presagio de las desdichas, acaso incurables, de que ahora soy víctima. ¡Si pudiera al menos ser víctima, sin ser al mismo tiempo verdugo!

Hubo otra advertencia, más solemne, porque me fué hecha por un ser viviente, con su voz natural. Me la dirigió un viejo eclesiástico, al que fuí á pedir, por indicación de Evelina, una cédula de confesión. La mirada de aquel Sr. Fronteau, que ha bautizado á Evelina y conocido á Antonieta, me causó desde el primer momento el mismo malestar que me había producido la del Sr. Andiguier. Alrededor suyo todo respiraba esa atmósfera de renuncia, de vida interior dirigida solamente hacia las cosas del alma, que tanto me ha impresionado siempre. Con frecuencia me he preguntado si la gran emoción, la que yo llamo la emoción sagrada, era propiedad exclusiva de los que han vivido así.

La pieza en que me recibió aquel sacerdote era un cuarto blanqueado y enladrillado, casi una celda, sin otro adorno que unos grabados de santos. Su cara ascética tenía una expresión de austeridad, bajo los cabellos grises, desmentida por el brillo de sus ojos negros, de una fijeza y de una penetración singulares. Cuando le expliqué que yo no me confesaba, faltó de fe, y las razones que tenía, sin embargo, para casarme canónicamente, me dijo:

— No quiero pesar sobre su conciencia de usted, ni tengo derecho para hacerlo. Sólo deseo que me haga usted una promesa muy sencilla: la de no interponerse nunca entre su mujer y su vida religiosa...

— Se lo prometo á usted, respondí, y no tendré mucho mérito en cumplir mi palabra.

— El apóstol ha dicho que el hombre incrédulo será santificado por la esposa creyente, continuó el sacerdote. Si usted cumple su compromiso, ese será el principio de su redención. Usted no ve hoy en el matrimonio más que un contrato. Ya verá por sí mismo, al practicarlo, que es un sacramento, y un gran sacramento, como ha dicho San Pablo, que procura á los que le reciben una gracia especial y cuyo efecto es crear lo que uno de nuestros moralistas ha llamado una sociedad de los corazones. Note usted la expresión que empleo: *crear*. ¡Crear! El hombre no puede hacerlo sin la gracia. Se trata para los esposos, según la escritura, de realizar el milagro que el Salvador proclama en su conversación con Nicodemo: nacer de nuevo. *Oportet nascit denuo*. Es preciso que los dos nazcan ustedes nuevamente... Conozco desde que vino al mundo á la niña con la que tiene usted la dicha de casarse. La coge usted con un alma enteramente blanca. Ese nacimiento á una nueva vida se realizará en ella sin esfuerzo alguno, pues no tendrá que ocultar nada de su pasado. No conozco el de usted; pero estoy seguro, desde el momento en que se decide á casarse, de que está usted libre. Lo que mi carácter, mi edad, mi profundo cariño hacia esa niña y una larga experiencia de las miserias humanas — he confesado mucho — me autorizan para decir á usted, es esto: no debe usted haber abolido el pasado solamente en los hechos, sino también en el alma. Sería profanar el sacramento y cometer un verdadero sacrilegio, del que sería usted castigado sin remedio por vías que Dios sabe encontrar — *Deus non irreditur* — ir al altar, no ya con remordimientos, que usted no puede tener, sino ni siquiera con recuerdos. La destrucción absoluta y total del pasado, el primitivo hombre verdaderamente muerto, enterrado, disuelto; este es el don sobrenatural que su prometida le obtendrá si usted no pone obstáculo á ello...

Había para mí en aquellas palabras, á las que las citas latinas daban como un acento litúrgico, una significación demasiado directa para que no penetrasen con la sutileza de una hoja de espada hasta el fondo más profundo de mi conciencia. El golpe de vista de ciertos sacerdotes, ¿tiene, como el de algunos cirujanos, esas adivinaciones que van derechas al punto enfermo, al absceso oculto? Era muy cierto

que aquel cura no conocía mi pasado, pero lo era también que me había hablado como si le conociese y con esa energía de convencimiento, siempre comunicativa, hasta para el que, como yo, está persuadido de que lo sobrenatural no existe.

Cuando le dejé, siguieron persiguiéndome en la escalera y en la calle aquellas frases que me parecían una profecía de desdichas, y entristecido por una nueva prueba de que Evelina, bajo su exterior tan parecido al de su madre, era tan diferente de ella. Aquel sacerdote acababa de expresarme, en los términos de una teología más abstracta, exactamente la misma idea que mi prometida tenía del matrimonio. Evelina creía en ese Dios del catolicismo, severo y trágico, en el Dios de las irrevocables y vengadoras justicias. Y como contraste, se me representó Antonieta, con sus hermosos ojos negros, anegados de éxtasis y diciéndome:

— Yo no temo á Dios. Porque Dios es amor. Nunca creeré que nos castiga por haber amado. No nos castiga más que por odiar. Cuando sentimos en nuestro corazón lo que yo siento en el mío por ti, estamos con él y él está con nosotros. Cuando leo en la *Imitación* las páginas sobre el amor, encuentro en ellas todo lo que tengo aquí por ti...

Y repetía con su voz profunda las frases del capítulo sobre las pruebas del verdadero amor, que sabía de memoria: *Dilatadme en el amor á fin de que aprenda á gustar en el fondo de mi alma qué dulce es perderse y fundirse en el amor*. Yo mismo repetí en alta voz esas palabras de exaltación como para protestar contra el severo discurso que acababa de oír. No pude contener, sin embargo, un estremecimiento de terror supersticioso. ¿Tendría, acaso, razón aquel sacerdote? ¿Cuál sería entonces el porvenir de mi matrimonio, siendo así que me preparaba á ir al altar, como él decía, no sólo con recuerdos, sino solamente con recuerdos y para buscar recuerdos?

Sí, aquellas fueron tres advertencias, cada una de las cuales tenía su sentido. La primera me había mostrado en mi corazón mismo el principio de los conflictos futuros entre las antiguas y las nuevas emociones. La segunda me había revelado que en el corazón de mi prometida había también recuerdos, los de su infancia, y una personalidad irreducible que debía necesariamente oponerse en mí, tarde ó temprano, á la visión de su madre. La tercera había apelado á mi sentido moral. No acepté ninguna de las tres cuando hubiera podido retirarme antes del compromiso irreparable.

Pero hay que decirlo todo. ¡Fueron aquellas impresiones tan fugitivas y tan rápidas! ¿Podía yo suponer que se desarrollarían en esta intimidad total que es, según muchos, el principio de unión más poderoso, aquel al que no resiste ningún resentimiento? Para mí, esa intimidad ha sido el principio de desunión, el repentino despertar del sueño en que me había complacido...

El fenómeno empezó en el vagón que nos llevaba lejos de París, la noche de nuestro casamiento. Partimos á las cuatro, para llegar á Auxonne un poco antes de las doce de la noche. Allí debíamos encontrar un coche que en cuarenta minutos nos llevaría á aquella casita del Ouradoux que me dejó mi padre y en la que tanto he jugado de niño.

Cuando el tren se puso en marcha, Evelina se volvió hacia mí con la cara muy conmovida y vino á apoyarse en mi hombro, sin hablarme; pero en sus ojos, en su sonrisa, en toda su fisonomía podía yo leer la entera y absoluta confianza de un ser que se entrega á otro, que se pone á su merced y que no teme nada. En aquel silencioso y tierno movimiento hubo algo tan virginal, tan inocente, que el beso con que cerré aquellos queridos ojos azules fué verdaderamente el de un hermano, la caricia de un alma á otra alma...

Después, viéndola allí, tan bella y tan cándida, tan fresca y tan inocente, rozando mis mejillas con la seda de sus cabellos y apretando su joven busto contra mi pecho, la memoria de los sentidos, esa memoria misteriosa é indestructible que conserva en lo más íntimo de nuestra carne el recuerdo de los besos dados y recibidos, empezó á despertarse en mí. La impresión mental de mis labios larga y apasionadamente paseados por unas facciones tan parecidas á aquellas, hizo correr por mis venas la fiebre del deseo. Mi boca empezó á descender desde sus párpados palpitantes hacía aquella adorable boca entreabierta que me enviaba una sonrisa encantadora de ingenuidad y de ignorancia. Y de repente, un sentimiento inesperado é irresistible vino á mezclarse con aquella sensación de ardor y de voluptuosidad, el sentimiento de un respeto casi tímido ante aquella confianza y aquella pureza... En lugar de oprimir aquellos labios jamás tocados por un beso de amor, apenas si los míos los desfloraron.

Sólo el haber asociado, durante un segundo, á aquella niña que no sabría de la vida más que lo que yo quisiera enseñarle, con la imagen de las voluptuosidades gustadas en otro tiempo con su madre, me dió horror de mí mismo, como si me preparase á mancillarla... Y un escalofrío de remordimientos como nunca lo había sentido pasó entre la hija de Antonieta y mi deseo...

Aquella impresión fué tan violenta y tan repentina, que mi brazo dejó de rodear su talle, y me alejé de ella con el pretexto de instalarla cómodamente para el viaje. Evelina, con su sonrisa de confianza y de abandono, me dejaba prestarle esos pequeños servicios de un galán á su dama, colocar su almohadón para que se recostase, poner á sus pies uno de los taburetes del coche salón, disponer en la mesa móvil las piezas minúsculas de su te de viaje. También con la sonrisa en los labios y con una mortal angustia en el fondo del alma, hice por muchas horas el papel de joven marido enamorado.

Aquella identidad de fisonomía entre las dos mujeres, que me había turbado, atraído y seducido hasta encantarme mientras me mantuve en el sueño de la voluptuosidad imaginada y no sentida, ¿iría á convertirse en elemento de dolor y de separación en aquella existencia conyugal de la que yo también lo ignoraba todo? Había creído que esa existencia era la misma que la vida amorosa, y no había terminado aún la primera hora, cuando ya las emociones de otro tiempo, en lugar de mezclarse con las de hoy para aumentar su intensidad y su ternura, me las habían impedido y envenenado.

¿Iría á deslizarse el fantasma de Antonieta entre Evelina y yo, como se había interpuesto entre mis amantes de aquellos siete años y la realización de mis apetitos, para impedirme el ser dichoso con otro goce que el del tiempo que pasó? ¿Es, pues, una quimera la fusión, tan profundamente deseada, del pasado con el presente, la renovación esperada del antiguo éxtasis por la posesión de la misma mujer, convertida en más viva y más joven? Y como si se hubiera propuesto hacerme más perceptible la antítesis entre lo que yo daba y lo que recibía, Evelina me contaba, con la simplicidad de una niña dichosa que piensa en voz alta, su alegría de huir lejos de París los dos solos y por largo tiempo.

— Si supieras, me decía, cómo creí que temblaría al marcharme así, sola contigo, y qué miedo tenía de desagradarte, de no ser suficiente para ti... Y ahora me parece que nunca he estado más tranquila. A tu lado siento que estoy á mis anchas, contenta, sin desear ni temer nada, defendida contra todo, menos contra lo inevitable. Pero eres joven y yo también, y Dios, que ha permitido que nos encontremos, nos dará muchos años de vida...

La abnegación de su honesto amor reía en sus ojos puros. Cuando me hablaba, ¡se desprendía de sus ademanes, de su actitud, de su acento, una gracia tan conmovedora de sencillo cariño! Aquella gracia pudo más que todo..., por algunos instantes. Nos pusimos á hablar de nuestros proyectos. Le describí la casita en que íbamos á pasar la primera semana; la casa de campo de Dole, en la que veríamos á mi madre y á mi hermana; la Engadine, adonde iríamos en agosto, é Italia, que visitaríamos en septiembre.

Mientras cambiábamos todas estas preguntas y respuestas, caía la tarde... Una comedia de colegas improvisada por los dos, acabó de apaciguarme. Pero mi turbación debía reaparecer en cuanto la tratase, no ya como á una camarada, casi como á una hermana, sino como á una mujer, como á *mi mujer*... Cuando cerró la noche y el último fulgor anaranjado del poniente se borró en el límite del cielo, nos encontramos de nuevo juntos, con las manos cogidas, con su aliento mezclado con el mío, con su belleza junto á mi deseo; y otra vez ese deseo, imagen de las sensaciones experimentadas con la madre, se elevó en mí, y como hace un instante, produjo un salto atrás de toda mi alma. El escalofrío del remordimiento se volvió á apoderar de mí ante aquella pureza que tales pensamientos profanaban sin que ella lo sospechase. Me fué de nuevo imposible asociar en el mismo abrazo á la de otro tiempo y á la de hoy, así como acercarme á ésta sin acordarme de la otra; y para repetir la palabra terrible, que tuve sin embargo el valor de pronunciar el primer día — ¿de qué me sirvió? — experimenté con toda su fuerza, con todo su horror, *la sensación del incesto*.

¿La sensación del incesto! ¿Era eso, pues, lo que yo había querido? ¿Me había arrojado tan ávida, tan tierna, tan apasionadamente desde el fondo de mis penas por la muerta, hacia ese cruel y monstruoso delirio, mezcla de sensualidad y de remordimiento? ¿Qué había de común entre lo que había soñado, deseado y presentado y aquellas alternativas de deseo y de rebelión; entre aquel deseo corrompido y depra-

vado por reminiscencias criminales, y una rebelión tardía, que me hace más criminal aún por no haberla sufrido más pronto? ¿Era tarde para tales escrúpulos, muy tarde para ser hombre honrado!

¿Por qué contradicción inexplicable conmigo mismo, aquella semejanza que tanto me había seducido empezaba á hacerme tanto daño? Hoy que aquella primera impresión se ha profundizado y se ha repetido durante tres meses, comprendo por qué no se había producido antes de aquel viaje y por qué nació con tan repentina violencia en cuanto Evelina y yo cambiamos una caricia verdaderamente apasionada. Comprendo ahora por qué aquella casa de mi infancia, elegida por mí para pasar en el recogimiento y en el silencio aquella semana de iniciación en la que fué su marido á través de indescriptibles emociones, figurará siempre en mis recuerdos como uno de los sitios en que más he sufrido. Es que al ser amado por una virgen con todas las púdicas ternuras y las sagradas reservas de tal amor, se recibe algo tan bello, tan delicado y tan adorable, que para merecer ese don sagrado — el cura tenía razón — hay que estar empapado en el arrepentimiento y en el completo olvido de lo que existió. Hay que ser el hombre nuevo, el hombre nacido por segunda vez de que él me hablaba; es preciso no ver en pensamiento otras horas, no comparar involuntariamente mirada con mirada, beso con beso; y cuando esas miradas y esos besos son los de la madre de esta virgen, entonces esa comparación es abominable... ¡Ah! El que se atreve á hacer lo que yo he hecho debe tener la implacable audacia del que busca un espasmo de delicia en esos sacrilegios del corazón.

¿Pero es esa mi historia? No, no, no y mil veces no. Lo que yo había soñado, lo que había pedido con todas las fuerzas de mi alma, no era la sensación, sino la emoción; no era el placer, sino la dicha; era ser amado y amar en la dulzura, en el éxtasis, en el descuido; y escribo estas líneas llorando y ocultando mis lágrimas para no hacer derramar otras... Acabo de oír una voz que me llama bajito desde la puerta para saber si duermo todavía. Evelina me ha oído moverme... Dejo este cuaderno para esconderlo y encerrarlo. Y esto me hace sentir también la miseria de un matrimonio en el que todo debe ser mentira y silencio...

II

Milán, 4 de septiembre.

... Algunos dulces días y este que acaba de pasar, muy cruel en sus últimas horas, con un sentimiento de las condiciones de inevitable dolor que comporta la situación en que me he metido. ¡Y decir que no las he visto! Después de la crisis de la llegada á Promontogno, había, sin embargo, reconquistado mis nervios. Me había dado vergüenza dejar ver de tal modo mi turbación interior ante el constante esfuerzo de Evelina para dominar la expresión de sus inquietudes. Desde que dejamos la Engadine, trata de no interrogarme más cuando me ve atacado por mis accesos de silencio y de melancolía.

Llevamos dos meses de casados y ya no tiene el alma abierta de los primeros tiempos. Ya no es la niña expansiva del viaje de novios. Su confianza de los primeros días se ha tornado en aprensión y es menos imprudente, ¡pero á qué precio! Cuando observo que he gastado ya algo de ella; que le he quitado, por el contagio de mi secreta locura, un poco de la espontaneidad de la juventud, me asaltan otros remordimientos que me devuelven mi energía.

En Promontogno me repuse un poco pensando: «No he encontrado en este matrimonio lo que esperaba. No podía encontrarlo porque no era humano. He sido engañado por el espejismo de mis recuerdos. No amo, no podía amar á Evelina como había amado á Antonieta. Aquella semejanza entre ellas que me es tan dolorosa en la intimidad física, me había, sin embargo, sido muy dulce en la intimidad moral. ¿Por qué no tratar de recobrarla? Había soñado ser para Evelina el esposo amante. ¿Por qué no tratar de ser el esposo amigo? En ese nuevo camino no encontraré la sensación de incesto que se ha mezclado con mi deseo para corromperle y que no puedo materialmente soportar. Si llego con esta niña á la comunión de espíritu, aunque no haya realizado todo lo que deseaba, tendré todavía una buena parte de felicidad. En todo caso mi vida conyugal será posible y debo hacerlo todo para que lo sea...»

Las circunstancias se acomodaban á ese proyecto de mejoramiento, de pacificación de nuestras relaciones. Íbamos á llegar á Italia, y Evelina había siempre mostrado una viva curiosidad por ese viaje, por lo cual contaba yo con las poderosas distracciones que ofrece á cada paso aquella tierra de bellezas para

ayudarnos á no pensar, yo en las secretas miserias de mi vida, y ella en el paso por mi frente de aquellas crisis de tristeza. Íbamos á tener un punto de apoyo exterior en el que fijar nuestros pensamientos y nuestras reflexiones, lo que es un gran beneficio en ciertas crisis y el único remedio contra los estragos de la idea fija.

Mi amiga, me complazco en darle este nombre tan adecuado á lo que yo quisiera que fuese para mí, mi amiga es inteligente. Es más instruída que su madre y tiene una exquisita instrucción, debida sobre todo á los consejos del Sr. Andiguier. Los libros de historia y de estética que él le prestó, los paseos que dieron juntos por el Louvre, por Cluny y por las iglesias, sus frecuentes conversaciones, le han dado conocimientos de arte algo precisos de que carecen con frecuencia las francesas. Yo he visitado en mis viajes la mayor parte de los museos de Europa.

El terreno de mutua inteligencia era, pues, fácil de encontrar entre nosotros. Debíamos estudiar juntos el arte italiano, interesarnos por otra cosa que por nosotros mismos y curarnos por una común educación de nuestros espíritus. En realidad, los cuatro días que empleamos en llegar á Milán por Chiavenna y los lagos de Como y de Lugano, fueron quizás los mejores desde nuestra salida de París. Los espléndidos paisajes de Italia inspiraron á mi amiga un vibrante y espontáneo entusiasmo. Su joven y ardiente naturaleza parecía haber recobrado su fuerza y su elasticidad, un momento amortiguadas.

Aquel entusiasmo llegó al colmo en Lugano. Llegamos por la tarde y corrimos en seguida, para aprovechar la luz del día, á aquella iglesia de Santa María de los Ángeles, en la que Luini ha pintado una célebre crucifixión, y ante la magnificencia de aquel arte tan noble y tan delicado, de una robustez tan fina en su amplia manera, Evelina manifestó el mismo asombro que si viera una aparición. Era el primer gran fresco que veía en su sitio, en su atmósfera, en su decoración original. Instintivamente me cogió la mano, como para asociarme á aquella especie de revelación, y le oí murmurar: «¡Ah! ¡No había podido soñar cosa semejante!...» Y en un adorable movimiento de fervor, haciendo como un ramillete de todas las flores que se abrían en su alma para ofrecerle allá arriba, se arrodilló y oró algunos minutos para dar gracias al Dios que ella creía que le había concedido aquel instante.

¡Qué dulce fué para mí también aquel minuto! ¡Qué buena aquella oración! ¡Qué emoción experimenté al mirarla arrodillada en aquel escalón de piedra y á dos pasos de la obra maestra del gran artista! Y aquella emoción tan intensa, tan tierna y tan pura me embargó plenamente. Aquella vez no era una semejanza la que me hacía sentir; era Evelina, ¡Evelina sola!

Con ella sola también me he paseado estos días por Milán, por esta libre y opulenta ciudad, de la que tanto me gusta percibir el aspecto de dicha, las calles enlosadas, la cúpula de mármol, las sorpresas pintorescas de los canales interiores y de los horizontes, y allá, á lo lejos, los festones nevados de los Alpes. ¡Cuántos tesoros, además, de un arte que no es el de Venecia ni el de la Toscana y que vale tanto como ellos! Milán ha sido para mí el descubrimiento de Italia, y he visto que también lo era para mi amiga. ¡Ah! ¡Cuán por completo era mi amiga mientras íbamos de un museo á una iglesia, de una capilla á un palacio, yo, conduciéndola y ejerciendo sobre ella ese tierno despotismo del que sabe lo que ella ignoraba, guiando sus pasos, sus ojos y su espíritu y dándole alegrías, que podía compartir con ella sin un remordimiento, ni aun el de ser infiel á mi fantasma.

¡Era aquel mundo de visiones impersonales tan diferente del otro en que Antonieta y yo habíamos confundido y abrasado nuestros corazones! ¡Benditas seáis, nobles creaciones de los nobles artistas, que nos habéis permitido, á Evelina y á mí, sentirnos tan próximos el uno del otro y tan unidos en una misma exaltación! ¡Benditas sean, entre todas, las obras maestras en que ella se complació especialmente; bendito aquel San Juan de la Brera, tan conmovedor con su gracia altiva bajo las sortijas de sus cabellos encrespados y ofreciendo al Salvador un cáliz en el que se enrosca una serpiente; bendita aquella santa Catalina de San Mauricio, donde el mismo Luini ha representado á la trágica Señora de Challant, arrodillada, con las manos juntas y el cuello desnudo bajo el oro de sus cabellos levantados, esperando el hierro que el verdugo blande con ademán furioso, y serena hasta en la muerte; bendita aquella capilla Portinari, en cuya cúpula giran los ángeles modelados por Michelozzo, con las campanas de cristal llenas de frutas, de flores y de hojas que se columpian en un tenue hilillo de oro!.

(Continuará)

LOS JUEGOS FLORALES DE COLONIA

Los helenos tenían como manifestaciones de la fuerza sus Juegos Olímpicos cantados por Píndaro; Provenza y España se precian de certámenes más elevados y grandiosos, de sus luchas poéticas, los juegos verdaderamente parnasíacos, los Juegos Florales, concebidos en 1323 en la soledad de un parque, cuando la primavera al goce del bien convidaba, por la *Sobregaya compañía de los siete trovadores de Tolosa*, restaurados en 1495 por Clemencia Isaura, que quería perpetuar en la tierra el amor á la poesía provenzal y en el cielo de sus recuerdos la memoria del amado de su alma, y restablecidos en 1859 en Barcelona por el trovador de las montañas catalanas D. Víctor Balaguer, que llevando á todas partes el ramo de olivo de la universal república literaria, presidió y alzó la voz en fiestas florales de Barcelona, de Tarragona, de Gerona, de Lérida, de Reus, de Granollers, de Valencia, de Madrid, de Pontevedra, de Zaragoza, de Calatayud, de Granada, y sintiéndose ya atraído por la tierra, habló por postrera vez el 19 de octubre de 1900 en la rozagante y gallarda Zaragoza, cuando allí, con carácter permanente, se estableció aquella lid de cortesía á que invitó la ciudad de la Virgen del Pilar á todas las comarcas de España y á las naciones extranjeras, haciendo de la institución de D. Juan I de Aragón, *el amador de la gentileza*, y de Clemencia Isaura, una fiesta de paz, de amor, de fraternidad y concordia.

En 1899 declaróse Colonia paladio de los Juegos Florales, siendo Barcelona su magnánima madrina y los generosos poetas catalanes sus primeros favorecedores, otorgando un premio al poeta alemán que salga victorioso de los certámenes.

En 5 de mayo último hemos celebrado por tercera vez en Colonia con gran fausto y pompa la fiesta de las fiestas, y tendremos siempre de aquí en adelante un premio Zaragoza para los vates españoles y otro premio para los félibres provenzales. Flotaba sobre nuestra fiesta el genio de D. Víctor Balaguer, como si nos bendijese desde las célicas alturas donde tendrá su mansión en unión de D. Joaquín Rubió y Ors y de D. José Zorrilla; y daba esplendor á la solemnidad de Colonia el nombre de nuestra adorada reina la simpática infanta doña Paz, y el de su representante la patricia colo-

ñesa Mía Heuser, parienta por su madre, con Cornelia, la hermana del príncipe de los poetas alemanes, el sin par Goethe.

Es imposible enumerar todos los saludos poéticos

en hidalgo concierto, obteniendo un premio el barcelonés Rafael Ruiz López. Pero en ese mesecito de mayo que en búcaros convierte á los rosales, nos faltaba por primera vez un saludo de la cima de la Wartburg, un recuerdo del gran duque de Sajonia-Weimar, que tenía para nosotros el mismo valer que hubiera tenido un saludo de los *Minnesinger*...

En los Juegos Florales de Colonia no penetra la política con sus acentos discordes, sino que nuestra fiesta es una solemnidad meramente literaria: tiene la palabra sólo el poeta y en su nombre el artista que recita los versos del bardo premiado.

La fiesta se parece á una función divina, inaugurándola el órgano y alternando el concierto de las arpas, del violín y del instrumento de Santa Cecilia con la recitación de las composiciones poéticas.

Colonia, con su historia tan rica, con sus antiguas tradiciones y leyendas, con su pasado romano, con su incomparable Rhin alemán, con su sagrario sin segundo, es entre todas las ciudades alemanas la más digna para alzar en sus Juegos Florales un trono á la Poesía y para ser la ahijada de Barcelona y la hermana de Zaragoza.

Brillantes eran las poesías todas, que alcanzaron el número de tres mil, las amatorias, las religiosas, las patrióticas, las bucólicas, las novelitas, las baladas y romances, las leyendas del Rhin y las composiciones escritas en dialecto colonoés. Estas últimas daban á la fiesta la nota alegre.

Brillante era la corte de amor con sus veintitrés jóvenes, teniendo cada cual faz de rosa y nieve, sonrisa de ángel y mirar de diosa. Indudablemente *el amador de la belleza*, Luis I de Baviera, hubiéralas acogido gratisimo en su galería de mujeres hermosas.

Y animadísimo era el banquete. El público, que ya tenía el calor meridional, se confundió en un grito entusiástico: ¡Viva la fraternidad de los vates españoles, franceses y alemanes! ¡Viva Barcelona, viva Zaragoza, viva Montpellier, viva Colonia!

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 17 de mayo de 1901.



S. A. LA INFANTA D.ª PAZ DE BORBÓN,
REINA DE LOS JUEGOS FLORALES DE COLONIA
(de fotografía de Dittmar, de Munich)

de renombrados vates españoles, catalanes, provenzales, franceses, italianos, suecos; neerlandeses, suizos, austriacos y alemanes, y los telegramas todos enviados por príncipes de la sangre y príncipes de las letras.

La musa española fraternizaba con la alemana



GRUPO DE SEÑORITAS QUE FORMARON LA CORTE DE AMOR EN LOS JUEGOS FLORALES DE COLONIA

(de fotografía de Hoffert, de Colonia)

AUTOMÓVIL DE GUERRA DE SIMMS

Es probable que en lo porvenir el automóvil desempeñe en la guerra un papel tan importante como el que ya en la actualidad representan el telégrafo y el ferrocarril de campaña, el globo aerostático y la bicicleta.

Las primeras pruebas verificadas con vehículos automóviles han dado resultados en parte satisfactorios y en parte malos, lo cual no es de extrañar tratándose de una invención nueva. Todavía no ha podido explicarse perfectamente el verdadero modo de utilizar el automóvil ni la posibilidad de su aplicación: si se emplea en un lugar propio y de una manera adecuada, presta buenos servicios; de lo contrario, su utilidad es nula. De aquí que sería prematuro formular un juicio definitivo sobre el automóvil militar.

Una de las principales cuestiones es la de si el automóvil debe utilizarse en el ejército simplemente como medio de transporte ó si puede ser empleado como arma de ataque. Los militares que razonan fríamente creen que los servicios de estas máquinas se reducen á los transportes, y aun sólo de bagajes y municiones; pero no faltan algunos que sostienen que los automóviles, asociados á los cañones, pueden ser verdaderas armas ofensivas y defensivas.

Estas divergencias de criterio han de ser resueltas, no por los militares, sino por los técnicos. Así el inglés F. R. Simms, que hace años viene ocupándose del problema del automóvil de guerra, ha hecho construir por la casa Vickers, Sons and Maxim Ltd., un vehículo que, en principio, puede servir de arma guerrera: consiste, como puede verse en el grabado adjunto, en un vagón blindado que se desliza sobre rieles y va provisto de un cañón Maxim. Mr. Simms hizo construir al principio vehículos de construcción análoga para carreteras; pero la coraza, indispensable en tales aparatos, daba á la máquina un peso tan enorme, que era imposible

pensar en subir con ella las pendientes de las montañas. La guerra del Africa del Sur, en la que tan conveniente habría sido proteger debidamente las instalaciones ferroviarias, inspiró á Mr. Simms el pen-

los primeros ensayos realizados en Inglaterra han dado excelentes resultados.

La favorable disposición del centro de gravedad da al automóvil toda la estabilidad necesaria; en efecto, todas las piezas de la maquinaria están situadas muy cerca del suelo, á 60 centímetros. Una coraza de acero cubre todo el vehículo haciéndolo invulnerable á los proyectiles de fusil, y todo el peso del aparato descansa sobre muelles en espiral que tienen por objeto evitar las sacudidas. Las ruedas giran sobre unas esferitas dispuestas en el botón, y ruedan, por consiguiente, con mucha suavidad. El automóvil es impulsado por un motor de bencina de siete caballos de fuerza con combustión magneto-eléctrica de sistema Simms, y puede llevar la provisión de agua, bencina y aceite necesaria para un día.

Los diferentes sistemas de engranajes transmiten la fuerza del motor á las ruedas, de manera que el automóvil puede correr á tres distintas velocidades, la mayor de las cuales es de 30 millas por hora.

Las dimensiones del vehículo son 7 pies de largo, 5 pies y 6 pulgadas de ancho y 4 pies de alto. El peso total, inclusa la armadura, es de 1.400 kilogramos.

El motor militar Simms ha de ser dedicado al servicio de exploración y vigilancia y está calculado para que puedan ir en él un oficial y dos ó tres soldados. Una línea férrea de 500 millas puede estar completamente vigilada con 25 de estas máquinas, es decir, con 100 hombres.

En la construcción de este aparato se ha procurado que corra sin hacer ruido á fin de que los golpes del motor ó el choque de las distintas piezas de la máquina no denuncien prematuramente al enemigo la presencia del mismo.

El resultado de las pruebas de este automóvil ha sido tan satisfactorio, que el inventor ha mandado construir inmediatamente otro mayor y más rápido. - X.



AUTOMÓVIL DE GUERRA DE SIMMS

TRADICIONES PERUANAS, POR RICARDO PALMA. - 4 TOMOS ILUSTRADOS

En vista de los numerosos pedidos de este precioso libro que diariamente se hacen á esta Casa y estando agotada la primera edición de tan excelente obra, se ha hecho una nueva tirada con el único propósito de satisfacer los reiterados deseos de los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL que ansían tener completa la importante y variada colección de las selectas obras que la constituyen.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARRILLOS DE BARRAL
 DISPERSAN CASI INSTANTANEAMENTE LOS ACCESOS DE ASMA Y TODAS LAS SUECACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 Venden todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DE LABARRE

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
 1887 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
 DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALGIAS
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
 ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
 VINO. de PEPSINA BOUDAULT
 POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN
 HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica.
 Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

INFLUENZA RACHITIS
 ANEMIA VINO AROUD CLOROSIS
 El más poderoso Regenerador.
 CARNE - QUINA - HIERRO

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
 En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
 SOBERANO contra
ASMA
 CATARRO, OPRESIÓN
 y todas Afecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
 30 AÑOS DE BUEN ÉXITO
 MEDALLAS ORO y PLATA.
 PARIS, 102, Rue Richelieu. - Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

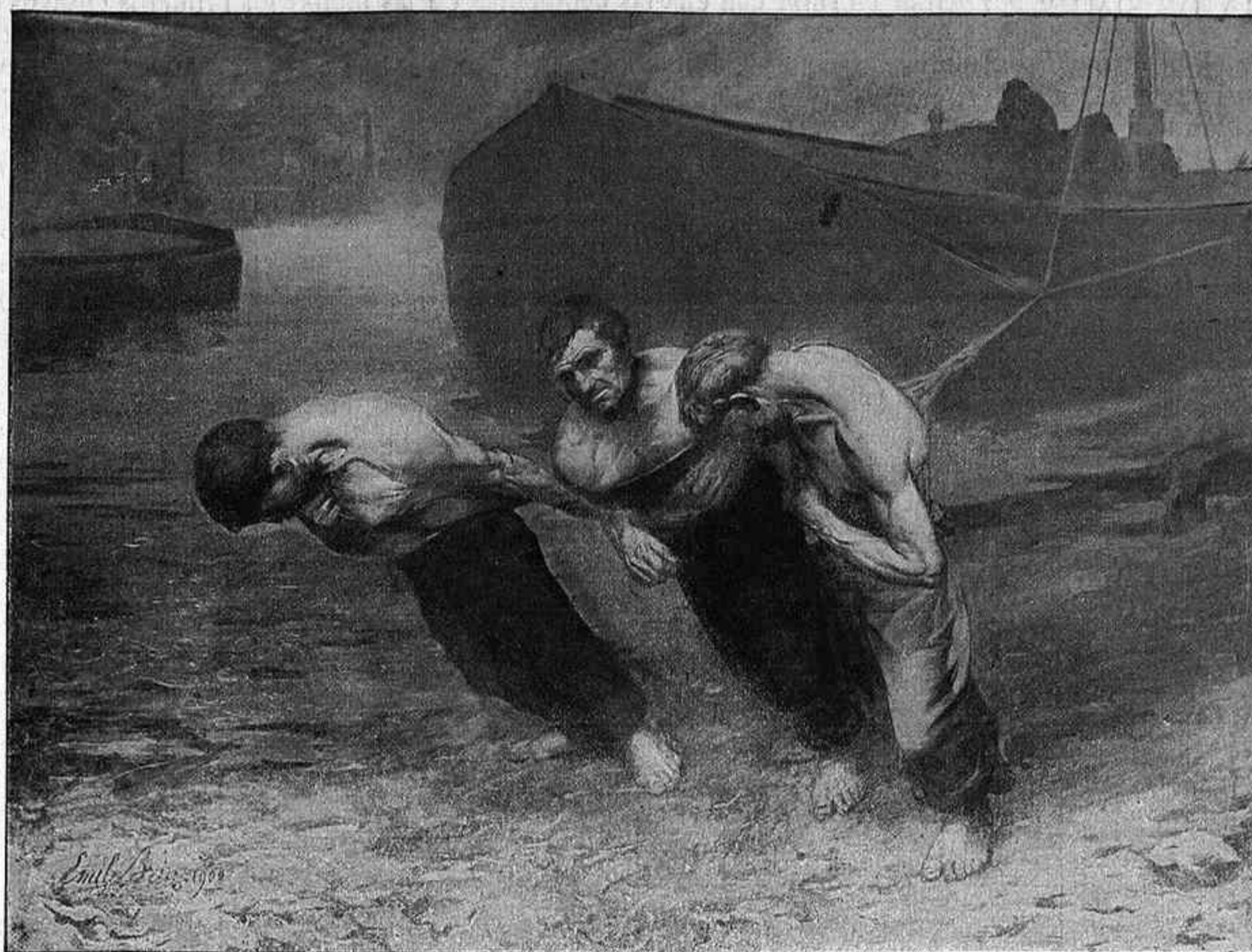
LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

ARTÍCULOS SELECTOS, por *Mariano J. de Larra (Figaro)*. — Constituye este libro el tomo segundo de la «Biblioteca Popular de Escritores Castellanos» que dirige en Madrid D. Pelayo Vizuete, y contiene varios de los más notables artículos del incomparable Figaro, razón por la cual no hemos de hacer su elogio. El tomo lleva un prólogo del señor Pérez Guerrero y un retrato de Larra, y se vende á 40 céntimos en rústica y á 60 encuadernado en tela.

COSAS NUEVAS, por *R. Surinich Sentles*. — La nota característica de las poesías contenidas en este tomo es el hondo sentimiento que todas respiran, la sinceridad, la sencillez que en todas resplandece; son verdaderas expansiones de un alma delicada, abierta á todas las ideas nobles, á todas las emociones dulces, avalloradas por la bellísima forma de que el autor ha sabido revestirlas. El libro lleva un prólogo del mestre en gay saber Sr. Franquesa y Gomis, ha sido impreso en la imprenta barcelonesa «La Catalana» y se vende á 1'50 pesetas.



ARRASTRANDO LA BARCA, cuadro E. Brin. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901.)

CUADROS DE LA NATURALEZA, por *Celso Lucio*. — En forma clara y sencilla se hallan explicadas en este libro materias tan interesantes como el universo, el sistema planetario solar, la tierra y su satélite, la parte sólida de la tierra, el agua y la atmósfera, los vegetales, el reino animal y las razas humanas. Cada uno de estos capítulos, de lectura tan amena como instructiva, va ilustrado con una lámina. El libro ha sido editado en esta ciudad por Antonio J. Bastinos.

DOS AVENTURAS, por *León Tolstoy*. — EL TITIRITERO DE LA VIRGEN, por *Anatolio France*. — DOS QUERRIDAS, por *Alfredo de Musset*. — AMORES ADÚLTEROS, por *Coppée, Cátulo Mendes, Mau-passant, Karr, Zola y otros*. — La «Biblioteca de autores célebres» que con gran éxito edita en Madrid el Sr. López del Arco, ha publicado los cuatro tomos cuyos títulos quedan indicados. Se trata de obras de autores consagrados por la fama, y por lo tanto y en la imposibilidad de ocuparnos extensamente de ellas, dada la índole de esta sección, bastará que digamos que están fielmente traducidas é impresas en excelentes condiciones tipográficas, llevan elegantes cubiertas al cromo y se vende á 75 céntimos de peseta cada tomo.

COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO

GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU

El mejor y más económico
Ferruginoso.

CLIN Y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias. 654

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES
DEL
ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

El único Legítimo

VINO
DEFRESNE

con
PEPTONA

es
el más precioso de
los tónicos y el mejor
reconstituyente.

PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf
Y EN TODAS FARMACIAS.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*; los *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ
DUSSEY, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazares.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑE Y SIMÓN